ARTHUR
RIMBAUD

POESÍAS

POESÍA

Lectulandia

La poesía de Arthur Rimbaud (1854-1891), genio inclasificable que atraviesa el firmamento de la poesía de todos los tiempos y países, recorrió todos los registros y motivos poéticos de su época y su tradición, dando un giro radical a todo ellos y consiguiendo una obra genuina y desafiante que sigue despertando el asombro y la admiración del lector contemporáneo.

Lectulandia

Arthur Rimbaud

Poesías

ePub r1.0
Titivillus 16.09.16

Título original: *Poésies*
Arthur Rimbaud, 1895
Traducción: Antonio Martínez Sarrión

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

EL AGUINALDO DE LOS HUÉRFANOS

I

El cuarto está sombrío; levemente se escucha
de dos niños el triste y suave bisbiseo.
Se vencen sus cabezas, aún torpes tras el sueño,
bajo un estor muy blanco, que se alza y que tiembla.
—En la calle los pájaros, friolentos, se acurrucan,
los grises de los cielos entumecen sus alas
y el Año Nuevo, envuelto en séquito de brumas,
arrastrando los pliegues de su manto de nieve,
sonríe entre sollozos y tiritando canta.

II

Ondean las cortinas sobre los pequeñuelos
que musitan, tal se hace en las noches oscuras.
Escuchan, pensativos, un lejano murmullo…
Se estremecen, a veces, con la clara voz de oro
de timbre maternal, que repite incesante
su estribillo metálico, bajo un fanal de vidrio…
—Porque está helado el suelo, pueden verse tirados
en torno de las camas, sus vestidos de luto:
afuera aúlla el áspero cierzo de los inviernos
que deja por las salas su aliento taciturno.
Se nota por doquier que alguna cosa falta…
¿Acaso ya no hay madre para estas criaturas,
con su fresca sonrisa y sus triunfantes ojos?
¿Se ha olvidado, de noche, sola y casi dormida
de avivar esa llama que oculta la ceniza,
de extender sobre ellos el plumón y la lana,
pidiéndoles disculpas, antes de abandonarlos?
¿Acaso no ha previsto el frío de la alborada,
ni tapado los huecos al cuchillo invernal?
¡El desvelo materno es la cálida alfombra,
el afelpado nido que a los niños cobija,
como a esos pajarillos mecidos por las ramas,
mientras duermen un sueño lleno de albas visiones!
—Pero éste es como un nido sin plumas ni tibieza,
y pasan frío los niños, tienen miedo, no duermen,
un nido que está helado por el cierzo inclemente…

III

El corazón sí entiende — es que no tienen madre.
¡No hay madre en ese sitio! — ¡Y qué lejos el padre!
Una vieja criada, de ellos se anda ocupando
y en la helada casona los niños están solos.
Huérfanos de cuatro años, de pronto en su cabeza
un recuerdo riente poco a poco revive,
algo como una cuenta al pasar el rosario.
¡Qué hermosas las mañanas de días de aguinaldo!
Cada cual, en la noche, soñaba con el suyo,
en algún sueño extraño poblado de juguetes,
caramelos dorados, joyas resplandecientes
bailando en torbellino una brillante danza,
mientras entran y salen por las amplias cortinas.
Se despertaban pronto y, alegres, se vestían,
con los labios golosos, frotándose los párpados.
Iban, con los cabellos revueltos y enredados,
con los ojos intensos de los días de fiesta
y las desnudas plantas acariciando el suelo,
a la alcoba paterna: golpeaban muy quedo
y en camisón entraban. Todo eran parabienes
y repetidos besos y algarabía sin coto.

IV

¡Repetidas palabras, siempre llenas de encanto!
—Pero cuánto ha cambiado el hogar de otro tiempo:
crepitaba un gran fuego claro en la chimenea.
Todo aquel viejo cuarto lucía iluminado,
y reflejos rojizos, surgiendo de las llamas,
relampagueaban contra los muebles barnizados.
¡Y el gran armario abierto! ¡Sin llaves, el armario!
A menudo miraban su oscura, negra puerta.
¡Sin llaves! ¡Era extraño! Soñaban muchas veces
en todos los misterios que, allí dentro, dormían
y creían oír, más allá de los cierres,
un ruido hondo y confuso, y murmullos rientes…
¡La alcoba de los padres hoy está tan vacía!
Ningún reflejo grana pasa bajo su puerta.
Ya no hay padres, ni fuego, ni llaves prohibidas.
Ya no hay besos, ya no hay dulces sorpresas.
¡Qué triste será ahora el día de Año Nuevo!
—Y, absortos, mientras caen de sus ojos azules,
amargas, quedamente, unas furtivas lágrimas,
murmuran: «¿Cuándo, al fin, volverá nuestra madre?»

Ahora, los pequeños tristemente dormitan,
al verles se diría que lloran en el sueño,
por sus ojos hinchados, su respirar ansioso,
¡Tienen estos niñitos tan tierno el corazón!
—El ángel de las cunas llega a enjugar sus ojos
y en un dormir tan turbio pone un sueño feliz,
un sueño tan alegre que, entreabiertos los labios,
sonrientes, parece que algo están murmurando.
Sueñan que, reclinados en sus pequeños brazos,
la cabeza adelantan, en suave despertar…
Y su vaga mirada se posa alrededor
y creen andar dormidos por paraísos rosas.
En el hogar radiante, alegre canta el fuego,
se ve por la ventana un claro cielo azul.
Ebria, Naturaleza, por la luz habitada,
tierra semidesnuda, feliz de renacer,
alegres se estremecen con los besos del sol
y todo es tibio y cálido en la vieja mansión.

Los vestidos oscuros ya no cubren el suelo,
bajo el umbral, el cierzo acabó por callar,
se diría que un hada por aquí haya pasado.
—Los niños, tan felices, dan dos gritos. Allí,
junto al lecho materno, en un fulgor rosado,
allí, sobre la alfombra, alguna cosa brilla:
medallones de plata, ya claros o ya oscuros,
de nácar y de jade, de excitantes reflejos,
con muy oscuros marcos y coronas de vidrio
y de oro que dicen tan sólo: «¡A NUESTRA MADRE!»

SENSACIÓN

En las tardes de estío, iré por los senderos,
herido por los trigos, a pisar las praderas.
Soñador, sentiré la frescura en mis pies
y bañaré en el viento mi cabeza desnuda.

No diré ni palabra ni en nada pensaré.
Pero el amor inmenso trepará hasta mi alma
e iré lejos, muy lejos, lo mismo que el bohemio
feliz, por esos mundos, como con una amada.

Marzo, 1870.

SOL Y CARNE

I

El sol, ese reducto de vida y de ternura,
vierte su amor ardiente sobre la tierra en éxtasis,
y cuando nos tumbamos en el valle, notamos
que la tierra es doncella y rebosa de sangre;
que su inmenso regazo, alzado por un alma
es de amor como Dios y de carne, cual hembra,
y que entraña, preñado de rayos y de savia,
el pulular inmenso de todos los embriones.

Todo crece y asciende.
¡Oh Venus, oh mi diosa!
Yo tengo la nostalgia de la antigua niñez,
de sátiros lascivos y de salvajes faunos.
Dioses que, por amor, mordían los ramajes,
besando a la dorada Ninfa de los nenúfares.
Añoro aquellos tiempos en que la savia cósmica,
las linfas de los ríos, el jugo de los árboles,
en las venas de Pan componían un mundo
palpitante, debajo de la hendida pezuña,
y, acercando muy suave la siringa, sus labios
modulaban el himno del amor bajo el cielo.
Cuando, de pie en el llano, oía en torno suyo
la respuesta a su grito que da Naturaleza.
Cuando el árbol callado, que acuna el son del ave
y la tierra que arrulla al hombre y al océano
y todas las criaturas, en Dios, querían, querían…

Añoro aquellos días de Cibeles, la grande,
que, enormemente bella, se decía que cruzaba
en su carro de bronce las ciudades espléndidas.
Vertía su doble seno en las inmensidades,
el puro deslizarse de la vida infinita,

y el Hombre se cogía de su pecho bendito
como un niño muy chico jugando en su regazo.
—Y el Hombre, por ser fuerte, era casto y afable.

¡Oh miseria! Ahora dice: «yo conozco las cosas»,
y va, ciegos los ojos y sordos los oídos.
¡No hay dioses, ya no hay dioses, el Hombre es Rey
y Dios! Sin embargo, el Amor es la única fe.
Gran madre de los hombres y los dioses, ¡Cibeles!
Si no hubiera olvidado a la Astarté[1] inmortal
que antaño, al emerger de la gran claridad
de la mar, flor de carne que la ola perfuma,
mostró su ombligo rosa, donde nevó la espuma
e hizo cantar, Señora de ojos negros triunfales,
al ruiseñor del bosque y al amor en los pechos.

II

¡Creo en ti, creo en ti, divina Madre,
Afrodita marina! ¡Qué camino tan áspero
desde que el otro Dios nos ligara a su cruz!
Carne, Flor, Mármol, Venus, es en ti en quien yo creo,
el hombre es feo y triste bajo los cielos vastos,
con sus vestidos ya, pues que no es casto,
porque ensució su busto orgulloso de dios
y se fue reduciendo, como ídolo en las llamas,
al dar su cuerpo olímpico a bajas servidumbres.
Incluso tras la muerte, en pálido esqueleto,
desea vivir, burlando su belleza primera.
—Y el Ídolo, a quien diste virginidad tamaña,
en que divinizaste nuestra arcilla, la Hembra,
a fin de que los hombres sus almas alumbraran,
subiendo lentamente al más intenso amor,
de la terrestre cárcel al día, en su belleza,
esa Hembra, ya no sabe ser ramera siquiera.
¡Brava farsa y engaño! ¡Así se ríe el mundo
ante el nombre sagrado y dulce de la diosa!

III

¡Si el tiempo retornara, el tiempo ya cumplido!
—¡El Hombre está acabado! ¡Ha jugado sus bazas!
Y un día, ya cansado de romper sus imágenes,
Él resucitará, libre de tantos dioses;
porque viene del cielo, contemplará los cielos.
¡El ideal, eterno pensamiento invencible,
ese dios que se agita en su greda carnal,
subirá, subirá y arderá en su cabeza!
Y cuando lo sorprendas mirando al horizonte,
impugnador de yugos, libre de sus temores,
vendrás a concederle la Santa Redención.
—Espléndido, radiante, del centro de las ondas,
apareces, vertiendo sobre el vasto Universo
el Amor infinito en risa interminable.

¡El Mundo vibrará como una inmensa lira
estremecido en un beso desmesurado!

Sed de amor tiene el Mundo. Y tu la aplacarás[2].

IV

¡Oh fulgor de la carne! ¡Ideal esplendoroso!
Reverdecer de amor, aurora incandescente,
en que, postrados los Dioses y los Hombres,
Calipigia[3] la blanca y Eros el diminuto,
rozarán, bajo el palio de nieve de las rosas,
a mujeres y flores abiertas a sus pies.
¡Oh Ariadna[4] de grandeza, que derramas tus lágrimas
por las playas y ves huir en lejanía,
blanca bajo la luz, la barca de Teseo!,
¡oh dulce virgen niña que una noche violó…!
¡Calla! En su carro de oro, orlado de uvas negras,
Lisos[5] asoma ya por los campos de Frigia,
panteras lujuriosas y tigres le conducen,
enrojeciendo musgos sobre ríos azules.
Zeus-Toro[6], en su lomo, como a una niña acuna
a la desnuda Europa, que anuda su albo brazo
en el cuello del dios, que la ola estremece.
Él vuelve lentamente sus ojos hacia ella,
que abandona su pálida mejilla en flor a Zeus.
Ella cierra los ojos y se extingue en un beso,
y la espuma del agua florece sus cabellos.
—Entre la adelfa roja y el loto decidor,
con amor se desliza el gran Cisne[7] que sueña
y con sus blancas alas a Leda va cubriendo.
Y luego Cipris[8] pasa, extrañamente hermosa,
cimbreando la curva rotunda de su grupa.
Exhibe, con orgullo, sus grandes pechos de oro
y su nevado vientre que un negro musgo adorna.
—Heracles Domador[9] que, como un gran trofeo,
ciñe su fuerte cuerpo con la piel de un león,
frente terrible y suave, vigila el horizonte.

Bajo una luna cálida, levemente alumbrada,
en pie y desnuda sueña, en lividez dorada,
que tiñe la cascada de su azul cabellera
en la sombría luz donde destella el musgo,
la Dríada[10], que mira al cielo silencioso.
Y la blanca Selene[11], deja flotar su velo
temeroso a los pies del hermoso Endimión

y en un pálido rayo un beso le dirige.
—Sola, llora la Fuente en un éxtasis lento,
es la ninfa que sueña acodada en su ánfora,
con un pálido joven que en su onda apresó.
Una brisa de amor atravesó la noche
y en los sagrados bosques y en los temibles árboles,
en pie y majestuosos, los Mármoles sombríos,
Dioses en cuya cima hizo nido el Pinzón,
¡Escuchan a los Hombres y a todo el Universo!

Mayo, 1870.

OFELIA

I

Sobre la onda triste en que duerme la estrella,
como lirio gigante flota la blanca Ofelia.
Y lo hace lentamente, recostada en sus velos…
Suenan trompas de caza en el bosque lejano.

Hace ya miles de años que la pálida Ofelia
cruza, blanco fantasma, en el gran río oscuro,
más de mil años ya que su locura suave
propaga una canción por el aire nocturno.

Roza su seno el viento y despliega, en corola,
sus galas, lentamente mecidas por las aguas:
los oscilantes sauces lloran contra sus hombros
y las cañas veneran su frente soñadora.

Los ajados nenúfares suspiran en su torno.
Ella, a veces, revive en un dormido aliso,
en tal nido que libra un mínimo temblor
y un misterioso canto cae de los astros de oro.

II

¡Oh lamentable Ofelia, bella como la nieve,
muerta cuando eras niña, por el río raptada!
Y es que los fríos vientos que bajan de Noruega,
en voz baja te hablaron de áspera libertad.

Y es que un soplo, alterando tu larga cabellera,
en tu alma soñadora sembró raros sonidos,
que oía tu corazón el canto natural,
en el gemir del árbol y en los ayes nocturnos;

y es que la voz del mar, con su inmenso jadeo,
tu pecho destrozó, tan infantil y dulce;
y es que un día de abril, un bello Infante pálido,
un pobre enajenado a tus pies se postró.

¡Cielo! ¡Amor! ¡Libertad! Sueños, mi pobre loca.
En ellos te fundías como nieve en la llama,
ahogaron tus visiones a tus pobres palabras
y el atroz Infinito extravió tu mirar.

III

Y el Poeta nos cuenta que, en la noche estrellada,
regresas a coger flores que un día cortaste.
Y que ha visto en el agua, reclinada en sus velos,
a la cándida Ofelia flotar como un gran lirio.

EL BAILE DE LOS AHORCADOS

> En la horca negra, gentil manca,
> danzan, danzan los paladines,
> los secos paladines del diablo,
> los esqueletos de Saladino[12].

Monseñor Belcebú tiene por la corbata
a sus negros muñecos, braceando por el cielo,
y al darles en la frente un fuerte puntapié
les obliga a bailar al son de un villancico.

Los chocados fantoches mezclan sus brazos, flacos
como tubos de órgano; los pechos descarnados,
que encerraron en tiempos a bellas damiselas,
se rozan y entretejen con espantoso amor.

¡Hurra, alegres danzantes, que perdisteis la panza!
¡Vamos con las cabriolas, pues es ancho el tablado,
que no llegue a saberse si es danza o es batalla!
Rabioso, Belcebú desafina al violín.

¡Oh duros calcañares, no precisáis sandalias,
y ya casi a ninguno le reviste una piel!
Lo que queda no asusta y se ve sin reparos,
la nieve, sobre el cráneo, pone un blanco tocado.

El cuervo es el penacho de estas huecas cabezas,
pende un jirón de carne de la estricta barbilla.
Girando por las sombras mezcladas, pensaríamos
en guerreros que topan arreos de cartón.

¡Hurra! Que silba el cierzo en el vals de los huesos.
Muge el viejo cadalso como órgano de fierro
y responden los lobos desde bosques violáceos
y, en la distancia, el cielo muestra un rojo infernal.

¡Zarandéame a tantos fúnebres capitanes
que, taimados, desgranan, con grandes dedos rotos,
un rosario de amor con sus pálidas vértebras!

¡Difuntos! ¡Que no estamos aquí en un monasterio!

Y, de pronto, en el centro de la danza macabra
brinca en el cielo cárdeno, loco, un gran esqueleto.
Llevado por el ímpetu, cual corcel se encabrita,
y al notar en el cuello la cuerda, tensa aún,

crispa sus cortos dedos contra un fémur que cruje,
con gritos que recuerdan a horrendas carcajadas
y, como saltimbanqui entrando a su barraca,
vuelve a iniciar el baile al son de la osamenta.

En la horca negra, gentil manca,
danzan, danzan los paladines,
los secos paladines del diablo,
los esqueletos de Saladino.

EL CASTIGO DE TARTUFO

Atizando, atizando su amante corazón,
con ropa casta y negra, feliz, mano enguantada,
un día que se iba, dulzón hasta el espanto,
pajizo, babeante de fe, la boca hundida.

Un día que se iba, «Oremus» — un Malvado
lo agarró rudamente por su oreja bendita
soltándole espantosas palabras, arrancándole
el casto hábito oscuro sobre la húmeda piel.

¡Qué castigo! Sus ropas ya están desabrochadas
y el copioso rosario de pecados absueltos
se dibuja en su pecho. ¡Pálido San Tartufo!

Y después, se confiesa, rezando entre estertores,
y el fulano tan sólo rescató su alzacuello:
Tartufo está desnudo por completo ¡qué asco!

EL HERRERO

Palacio de las Tullerías,
hacia el 10 de agosto del 92.

El brazo en el martillo gigantesco, imponente
de embriaguez y grandeza, amplia frente, riendo
como clarín de bronce con toda su ancha boca
y su mirada hosca, mientras coge al buen gordo,
al rey Luis XVI, se expresaba un Herrero
cierta vez, y ante el Pueblo que en torno pululaba,
arrastrando su harapo por los dorados muros.
En lo alto de su tripa, el rey estaba pálido,
lívido como reo que llevan al cadalso
y, servil como un perro, apenas rechistaba.
Pese a que el de la fragua, de poderosos hombros,
decía antiguas palabras y cosas inauditas,
el rey a aquel discurso no prestaba atención.

«Sire, sabes muy bien que, entonando estribillos,
conducíamos las yuntas hacia surcos ajenos:
el Canónigo, al sol, rezaba padrenuestros
en rosarios sin fin, con cuentas de oro fino.
El Señor, a caballo, mientras sonaba el *corno*,
nos medía las costillas con la fusta o el palo.
Con la mirada torpe y húmeda de las vacas,
ya ni fluían las lágrimas; insensibles, marchábamos
y cuando reventábamos sobre los surcos últimos,
cuando habíamos dejado, en esta negra tierra,
tiras de nuestra piel, nos daban la propina:
como postre en su punto, flambeaban por la noche
nuestras chozas humildes y a nuestros pobres hijos».

«No me quejo, ¡qué va! Sólo digo bobadas,
que quede entre nosotros. Puedes contradecirme.
¿Acaso no es precioso, corriendo el mes de junio,
ver entrar en las granjas las carretas, colmadas
con el heno? ¿Olfatear cuanto puja
de los vergeles húmedos, de la encendida hierba?
¿Y contemplar las mieses, las repletas espigas,
pensando que todo ello nos dará el rico pan?
También cantar podríamos a la fragua encendida,

cantar alegremente el ritmo de los yunques
si, al menos, nos dejaran barrer unas migajas,
hombres después de todo — de lo que Dios prodiga.
—¡Mas siempre se reitera la misma, antigua historia!
Pero ahora ya sé y no voy a admitirlo.
Teniendo un par de manos, mi cerebro y mi maza
no le temo al que llegue, el puñal bajo el sayo,
para ordenarme: “¡Mozo, cultiva mi terreno!”.
Al que, en tiempo de guerra, se empeñara
en llevarse a mi hijo, en mi casa y sin más.
—Yo podré ser un hombre y tu podrás ser rey.
Y ¿tendrás por sensato, decirme: “¡Te lo ordeno!”,
crees que me entusiasma ver tu lujosa choza,
tu rutilante tropa, tus mil y un paniaguados,
sus “¡pese-a-tal!”[13] bastardos como pavos reales?
Ellos llenan tu nido del olor de mis hijas
y de edictos que llevan de cabeza a prisión
y gritamos. ¡Qué lindo, ver pobres de rodillas!
Dorábamos tu Louvre dándole nuestros sueldos
y tu te emborrachabas, montando la gran juerga,
¡mientras se aupaba el Amo sobre nuestras cabezas!».

«¡Y no! Tal marranada es de tiempos pretéritos.
¡No es ya una puta el pueblo! Tres pasos
y, ya ves, tu Bastilla en escombros:
esa bestia sudaba sangre por cada piedra,
daba asco, todavía, ver firme a la Bastilla,
con sus leprosos muros que nada se callaban,
interminablemente sumidos en la sombra.
¡Ciudadano! El torvo pasado se abismó,
entre un sordo fragor, al asaltar el fuerte.
Algo como el amor henchía el corazón,
a los hijos teníamos sobre el pecho, abrazados
y, como los caballos de potente resuello,
íbamos, fieros, fuertes, el corazón batiendo,
íbamos bajo el sol, la cabeza bien alta,
por París. Se paraban ante nuestros harapos.
¡Por fin éramos Hombres! Pero estábamos lívidos,
Sire, porque borrachos de tremenda esperanza,
y cuando, al fin, llegamos ante las negras torres,
agitando clarines, blandiendo hojas de roble,
con las picas alzadas, ya no teníamos odio.
Tan fuertes nos sentíamos, que quisimos ser mansos».

«¡Después de aquellos días, andamos como locos!
Oleadas de obreros se han echado a la calle,
y esos malditos marchan, muchedumbre creciente,
de sombríos espectros, a las puertas del rico.
Y yo corro con ellos a matar al chivato
y marcho por París con mi martillo al hombro,
hosco y, por cada esquina, barriendo a los bribones
¡y, si te ríes de mí, soy capaz de matarte!
—Puedes seguir contando, sin reparar en gastos,
con tu gente togada que, con nuestras demandas,
jugando a la pelota, se las van reenviando
y en voz queda ¡los viles! se jactan: "¿Ves qué necios?",
mientras amañan leyes y encolan cacharritos
con pequeños decretos rosáceos y potingues.
Y se roban su parte al crear un impuesto.
Y, si nos acercamos, se tapan la nariz.
—¡Nuestros representantes nos encuentran mugrientos
y no temen a nada, salvo a las bayonetas!
¡Ya está bien de petacas atestadas de enredos!
¡Estamos hasta el gorro de esas huecas seseras,
de esas barrigas — dios! Pero esos son los platos
que nos sirves, ¡burgués! Cuando somos feroces,
cuando estamos rompiendo los cetros y los báculos».

Lo agarra por el brazo, desgarra el terciopelo
de la cortina. Y le muestra, más abajo, en los patios,
al enorme hormiguero, hirvientes muchedumbres,
muchedumbres de pánico con borbotear de olla,
como una perra que aulla, bramando igual que el mar
con sus fuertes garrotes y sus picas de hierro,
sus tambores, sus gritos de mercado y pocilga;
negra pila de andrajos, tintos en gorros rojos.
¡El Hombre se los muestra, por la abierta ventana,
al callado monarca, que suda y trastabilla,
enfermo, al contemplarlo!
«¡Es la crápula, Sire,
babea por las paredes, trepa y pulula, inmensa!
Supuesto que no comen, Sire, son pordioseros,
Sire, yo soy herrero, mi mujer va con ellos,

¡necia! ¡Cree que darán pan allá en las Tullerías!
—En las panaderías no quieren ni mirarnos.
Tengo tres hijos. Soy un crápula y sé
de viejas que sollozan debajo de sus cofias,
porque se les robó su muchacho o su hija.
Y son crápulas. Uno, estuvo en la Bastilla,
otro fue presidiario. Y los dos, ciudadanos
honestos. En libertad, al fin, los miran como a perros.
Sienten por dentro, entonces, algo que les remata.
¡En marcha! Y es terrible. Y luego, al contemplarse,
rota el alma, y al verse de nuevo condenados…
Aquí los tienes, Sire, aullando ante tu rostro.
¡Crápulas! También hay muchachas deshonradas
porque (tu bien conoces que la mujer es débil)
señores de la corte (y que siempre consiente)
les fueron escupiendo en el alma, por nada.
Y ahora podéis mirarlas. Son crápulas».

«Todos los desgraciados, cuyas espaldas arden
bajo un sol de justicia y que avanzan y avanzan,
sintiendo que su frente estalla en el trabajo.
—¡Descubríos, burgueses! Éstos sí que son Hombres.
¡Somos Obreros, Sire, Obreros! Y apostamos
por un tiempo distinto, pretendiendo saber.
El Hombre forjará, desde el día a la noche.
Conocerá, para él, los efectos y causas,
y, lento triunfador, dominará a las cosas
y ascenderá en el Todo como sobre un corcel.
¡Oh resplandor espléndido de las fraguas! ¡Ya basta
de males! Lo ignorado, acaso sea terrible,
¡Ya se verá! Cribemos, empuñando la maza,
todos nuestros saberes. Luego, Hermanos, ¡Adelante!
A veces nos embarga un conmovido sueño
de una vida sencilla, ardorosa y sin nada
de malo, laborando bajo el mirar augusto
de una mujer amada con el más noble amor.
Y así trabajaremos ufanos todo el día
atendiendo al deber cual clarín resonante.
¡Qué felices seríamos! Y nadie, pero nadie,
sería capaz ya nunca de humillar nuestras almas.
Y colgaría un fusil sobre la chimenea».

«Pero está lleno el aire de un olor a combate
¿No te lo declaré? Pertenezco a la chusma.
Hay acaparadores y aún quedan confidentes.
Nosotros somos libres. Y tenemos visiones
donde nos vemos grandes, gigantescos. Ahora
hablaba del deber tranquilo y de una casa…
Puedes mirar el cielo —lo encontramos pequeño,
nos revienta el calor y estamos de rodillas.
Te cedo el cielo. Vuelvo a los míos, a la masa,
a la chusma temible, que acabará arrrollando,
Sire, viejos cañones sobre el sucio empedrado.
Lo limpiará la sangre, Sire, cuando nos maten
—y si ante nuestros gritos y ante nuestras venganzas,
las patas de los reyes recamados, en Francia,
envían sus regimientos con sus galas mejores,
clamará nuestra gente: “¡Mierda para esos perros!”».

Volvió a echarse el martillo a la espalda. El gentío,
en torno a tal gigante, se sentía embriagado
y en el inmenso patio y en los apartamentos
donde París entero jadeaba con lástima,
un temblor sacudió a tan gran multitud.
Entonces, con su mano recubierta de tizne,
aunque el panzudo rey pateaba, el Herrero
le ajustó en la cabeza el noble gorro frigio.

MUERTOS DEL NOVENTA Y DOS

Franceses de mil ochocientos setenta, bonapartistas, republicanos,
acordaos de vuestros padres de mil setecientos noventa y dos, etc.

PAUL CASSAGNAC: *Le Pays*.

Caídos del noventa y dos y del siguiente año
que, pálidos bajo el tenso beso de la libertad,
templados y con zuecos, destruisteis el yugo
que pesa sobre el alma y la frente del mundo.

Gente en estado de éxtasis, grandes bajo los truenos,
vosotros, cuyo amor saltó entre los harapos,
tropas a quien la Muerte, amante noble, siembra
en los antiguos surcos, para regenerarlos,

cuya sangre lavó la ensuciada grandeza.
Muertos allá en Valmy, en Fleurus, en Italia[14],
millón de Cristos muertos de ojos dulces y oscuros,
fieles a la República, os dejamos dormir.
Humillados, nosotros, por crueles monarcas.
—Hoy son los Cassagac[15] quienes hacen memoria.

Escrito en Mazas,
el 3 de septiembre de 1870.

A LA MÚSICA

Plaza de la Estación, en Charleville.

A la plaza, puntuada por céspedes mezquinos,
donde todo es correcto, los árboles, las flores,
jadeantes burgueses, rotos por el calor,
llevan todos los jueves a la noche su mugre.

En mitad del jardín, la banda militar
balancea sus chacós con *El vals de los pífanos*;
en las primeras filas presume un lechuguino,
de un dije en su chaleco cuelga el señor notario.

Rentistas con monóculo señalan los errores,
burócratas hinchados arrastran a sus damas,
tras de las cuales trotan, fieles como cornacas[16]
—damas, cuyos volantes ejercen de reclamos.

Sobre los verdes bancos, tenderos jubilados
enredando en la arena con sus finos bastones;
con seriedad asnal discuten de tratados,
toman rapé y concluyen: «En resumidas cuentas…».

Acoplando al respaldo un lomo orondo y fofo,
un burgués con botones de plata y panza belga,
saborea su cachimba, que desborda tabaco:
«Ya saben que lo suelo gastar de contrabando».

Y por la verde hierba haraganean los golfos
mientras, enamorados ante el son del trombón,
cándidos, los reclutas, husmeando una rosa
acarician al niño para ligarse al ama.

Yo vigilo, estudiante algo calamitoso,
bajo castaños de Indias a las alegres chicas;
lo saben y se vuelven riéndose hacia mí.
Sus miradas desbordan de ideas indiscretas.

Yo no digo palabra, embobado contemplo
sus blancos cuellos donde los rizos se derraman,
acechando las curvas debajo del corsé,
las espaldas de diosas, tras la línea del hombro.

Y luego ya me pierdo en botines y medias.
—Voy forjando los cuerpos, quemado por la fiebre.
Ellas me encuentran raro y se van cuchicheando.
Y de sus labios pende mi deseo más brutal.

VENUS ANADIOMENA

De un sarcófago verde hojadelata
una cabeza con mucha gomina
como de bañera, lenta y tosca, emerge
mostrando deterioros muy mal disimulados;

el cuello sigue ahora y los huesudos hombros,
continúa la espalda, que sale y vuelve a entrar,
lo rotundo del lomo quisiera alzar el vuelo,
bajo el pellejo el sebo se deposita en capas.

El espinazo es rojo y el todo toma un aire
horrible y, raramente, acaban resaltando
detalles que es preciso analizar con lupa.

Ostentan las caderas un mote: CLARA VENUS
y el cuerpo se remueve, ofreciendo una grupa
admirable, con su úlcera tenebrosa en el ano.

PRIMERA VELADA

Estaba casi desnuda.
Los árboles, indiscretos,
a la ventana pegaban
perversamente sus hojas.

Sobre mi sillón sentada,
sin ropa, junto sus manos.
Sus pies, sobre el pavimento,
se estremecían de placer.

Pálido y color de cera
vi, de pronto, a un rayo pícaro
revolar por su sonrisa
—mosca en flor — y por su seno.

— Besé sus finos tobillos
y estalló en risa carnal
que se resolvía en trinos
¡bella risa de cristal!

Bajo el camisón, los pies,
«¡basta, basta!» — se escondían.
Fingió castigar su risa
mi primer atrevimiento.

—La besé suave en los ojos,
trémulos, bajo mis labios.
Se vencía su cabecita
y dijo: «¡Oh, mejor aún!,

¡Un momento, caballero…!».
—El resto lo supo el seno,
en un beso que le hizo
reír con todas sus ganas.

—Estaba casi desnuda.
Los árboles, indiscretos,
a la ventana pegaban
perversamente sus hojas.

LAS RESPUESTAS DE NINA

Él.— Tu cuerpo junto al mío.
¿Y si nos fuéramos
por la luz fresca y clara,
colmado el pecho

de una mañana que te baña
de vino y sol?
Cuando el bosque sangra, trémulo,
mudo de amor,

verdes gotas por cada rama,
claros retoños,
huele en todo lo abierto,
latir de carnes.

Sumergirás en la alfalfa
tu bata de hilo
que atenuará el azul
que a tu ojo cerca.

Enamorada del campo
por doquier siembras
como burbujas de champán
tu risa loca.

De mí riendo, loco borracho,
¡quién te cogiera
de pronto. Beberíame
la fina trenza!

Sabor de frambuesa y fresa.
¡Oh carne en flor!
Risa en el viento que te besa
como un ladrón.

Risa en el rosal silvestre
que te importuna,
de todo te burlas, loca,
junto a tu amante.

¡Dichosa! ¡Diecisiete años!
¡Los anchos prados,
la enamorada campiña!
¡Ven a mi lado!

Tu cuerpo junto al mío,
con voces juntas,
lentos. La torrentera,
después, los bosques.

Luego, muerta chiquita,
si te desmayas,
en brazos rogarías
que te llevase.

Te guiaría, temblorosa,
por el sendero,
mientras cantara el ave
«del avellano…».

Te hablaría junto al labio
e iría apretando
tu cuerpo cual de niña,
ebrio de sangre,

sangre azul por tu carne
blanca y rosada,
hablándote del modo
que tú bien sabes.

El bosque olería a savia,
verde y bermejo,
y el sol sembraría de oro
fino su sueño.

¿Adentrar a la tarde
la senda blanca,
sin rumbo, cual rebaño
que pasa en torno?

Hierba azul con vergeles,

frutales curvos.
¡Como llega a una legua
su rico aroma!

Volveremos, ya a oscuras
hacia la aldea,
cuando el olor a leche
todo lo impregna;

olor a establo lleno,
a estiércol cálido,
lentos resuellos rítmicos
y enormes lomos

que una luz ilumina;
y a nuestro lado
la vaca, poco a poco,
irá cagando.

Las gafas de la abuela,
su nariz larga
en el misal; y la cerveza
en fuertes jarras.

Espumeante, entre pipas
que, tercos, chupan
en tanto que sus belfos
que aún sueltan humo,

se aplican al jamón,
no se dan tregua.
El fuego da en los lechos
y en los arcones.

Las nalgas relucientes
de un niño gordo
y su hozar en las tazas
con blanco hocico,

rozado por un morro
que gruñe amable
y lame las mejillas
del tierno infante.

Negra, altiva, en silleta,
perfil atroz,
una vieja en el fuego
hila su copo.

¡Qué de cosas veríamos
en esos antros
cuando la llama alumbre
los grises vidrios!

Cobijada y pequeña,
por entre lilas
frescas y oscuras, ríe
la ventanita.

¡Vendrás, vendrás, pues te amo!
¡Será tan bello!
Vendrás ¿verdad? Inclusive…

Ella.— ¿*Pero, y mi* empleo?

LOS EMBOBADOS

Oscuros entre nieve o bruma
ante el iluminado tragaluz
con los culos en círculo

de rodillas — ¡miseria! — cinco niños
miran al panadero que fabrica
su compacto pan rubio.

Admiran el músculo que revuelve
la masa gris y que la mete al horno
por claro hueco.

Escuchan cocerse el buen pan,
el panadero de risa grasienta
canta su copla.

Están acurrucados, sin moverse,
al soplo del rojo tragaluz
cálido cual pecho.

Y cuando, al filo de la medianoche,
moldeado, crujiente y amarillo
se saca el pan,

cuando bajo ahumadas vigas
cantan cortezas perfumadas
como cantan los grillos,

cuando sopla esa boca de vida,
tan extasiadas están las almas
bajo los pingos.

Tanto se sienten revivir
los pobres, friolentos, chicos
—que allí acuden todos

aplastando sus labios pequeñitos
a las rejas, cantando sus canciones,
haciéndose un hueco,

en tono bajo — como una plegaria
inclinados hacia el resplandor

de un cielo inédito

—tan potente que estalla cierres,
y blancas camisas de pobre
ondean al viento invernal.

20, septiembre, 1870.

NOVELA

I

No puedes ser formal con diecisiete años.
—Cierta tarde, asqueado de caña o limonada,
de los cafés ruidosos con sus brillantes luces,
te marchas por los verdes tilos de los paseos.

En las tardes de junio los tilos huelen bien,
es el aire tan suave que hay que cerrar los párpados,
el viento rumoroso —la ciudad no está lejos—
trae efluvios de viña, efluvios de cerveza.

II

He aquí que, de pronto, se percibe un retazo
de oscuro azul, al que enmarca una rama
y al que hiere una adversa estrella que se funde
en pálpitos suaves, pequeña, toda blanca…

¡Diecisiete años! ¡Junio! Se deja uno embriagar,
la savia es un champán que sube a tu cabeza…
Divagas y presientes en los labios un beso
que en la boca palpita como un animalillo.

III

Tu alma es Robinsona que adora la aventura.
—Cuando a la claridad de un pálido farol
cruza una jovencita de aspecto encantador,
a la sombra del cuello postizo de su padre,

y como piensa que eres inmensamente ingenuo
al tiempo que repican sus pequeños botines,
vuélvese y, alertada, con vivo movimiento…
—Y en tus labios, entonces, muere una cavatina[17]…

IV

Estás enamorado… Alquilado hasta agosto.
Estás enamorado. Se ríe de tus sonetos.
Tus amigos te dejan, estás insoportable.
—Una tarde tu amor se decide a escribirte

y esa tarde… Regresas al café luminoso,
vuelves a trasegar cerveza o limonada…
Con diecisiete años no puedes ser formal,
cuando los verdes tilos flanquean los paseos.

29, septiembre, 1870.

EL MAL

Mientras que los esputos rojos de la metralla
silban surcando el cielo azul, día tras día,
y que, escarlata o verdes, cerca del Rey que ríe,
se hunden en el fragor batallones en masa;

mientras que una locura indetenible aplasta
y transforma en abono a más de cien mil hombres
—¡pobres muertos! sumidos en el estío, la yerba,
en tu gozo, Natura, que, santa, los formaste,

existe un Dios que ríe, en los adamascados
del altar, al incienso, a los cálices de oro;
que dormita al murmullo tenue de los Hosannas,

pero despierta cuando, unidas en su angustia
y llorosas, debajo de sus cofias, las madres
le ofrecen un ochavo guardado en su moquero.

RABIETAS IMPERIALES

El Hombre pálido entre los prados florecidos
marcha con negro atuendo y su puro en la boca:
recuerda el Hombre pálido las Tullerías en flor
—y su muerta mirada cobra un fulgor extraño.

Borracho está, después de veinte años de orgía.
Se dijo: «soplaré sobre las libertades,
muy delicadamente, como sobre una vela».
¡Vuelve la libertad! ¡Y es él el derrengado!

Está preso — ¿Qué nombre entre sus mudos labios
palpita? ¿Qué recuerdo implacable le roe?
Con su muerta mirada, no lo sabrá jamás.

Tal vez piensa en aquel compadre de los lentes[18]…
Y mira cómo asciende del cigarro encendido
como en Saint-Cloud, de noche, una voluta azul.

A… Ella.

SUEÑO PARA EL INVIERNO

En un vagón muy chico y rosado, en invierno,
sobre azules cojines partiremos.
Allí se estará bien. Con nidos de caricias,
que nos haremos, en cada rincón.

Y cerrarás tus ojos, para evitar que vean
las muecas de la noche tras el vidrio,
esas monstruosidades ariscas, población
de lobos y demonios tenebrosos.

Quizás notes después la mejilla rozada
y, quizás, como araña algo loca, mi beso
correrá por tu cuello.

Y me dirás: «¡encuéntrala!» inclinándote un poco.
—Y nos llevará tiempo encontrar a ese bicho
— que viaja, y viaja y viaja…

En un vagón,
7, octubre, 1870.

EL DURMIENTE DEL VALLE

Un hoyo de verdor por donde un río suena
engarzando en las yerbas, locamente, jirones
de plata; donde el sol de la altiva montaña
relumbra: un vallecico amado por la luz.

Un soldado sin casco y con la boca abierta,
al que baña la nuca un fresco berro azul,
tendido bajo el cielo, duerme sobre la yerba,
pálido entre lo verde donde el fulgor se cierne.

Los pies, entre gladiolos, duerme y sonríe, como
sonreiría un niño enfermo, en su sueño descansa,
lo acuna con calor Madre Naturaleza.

Los aromas no logran que lata su nariz;
duerme al sol y una mano reposa sobre el pecho
tranquilo. Con dos puntos rojizos al costado.

Octubre, 1870.

EN LA *TABERNA VERDE*

A las cinco de la tarde.

Tras ocho días, mis botas estaban destrozadas
a causa de los guijos. Y llegué a Charleroi.
En la *Taberna Verde* encargué unas tostadas
con manteca, y jamón que no estuviese frío.

Estiré las dos piernas, feliz, bajo la mesa
verde, mientras miraba los ingenuos dibujos
de un tapiz — Luego, fue maravilloso
cuando la criadita, tetona y de ojos vivos,

—¡a ésa no le asusta que la intenten besar!—
con risas, me sirvió tostadas con manteca
y jamón tibio en plato de bonitos colores.

Jamón rosáceo y blanco que perfumaba un diente
de ajo — Y me llenó el jarro con espuma,
a la que iban dorando los soles de la puesta.

Octubre, 1870.

LA PÍCARA

En el comedor fosco, que perfumaba cierta
mezcla de olor a frutas y a barniz, a mis anchas
elegí una ración de no sé qué guisote
belga y me arrellané en una silla enorme.

Mientras comí latía un reloj: feliz, quedo…
La cocina se abrió con una bufarada
y una criada entró, no sé bien para qué,
con el chal entreabierto y un pícaro peinado.

Y mientras paseaba un dedo tembloroso
por su cara, durazno de tonos rosa y blanco,
formando con sus labios un mohín infantil.

Me colocó delante, complaciente, los platos.
Después, y bien bajito, para ganarse un beso,
dijo: «¡mira que fría se me ha puesto la cara!».

Charleroi, octubre, 1870.

LA BRILLANTE VICTORIA DE SARREBRUCK

CONSEGUIDA AL GRITO DE «¡VIVA EL EMPERADOR!»

(Grabado belga muy coloreado,
se vende en Carleroi, a 35 céntimos)

El Imperante enmedio, en una apoteosis
gualda y azul, galopa, tieso sobre un caballo
deslumbrante; feliz, pues lo ve todo en rosa,
feroz como el dios Zeus, tierno como un papá.

Abajo, los pipiolos, que dormían la siesta
junto a tambores de oro y cañones de grana,
discretos, se levantan. Pitou[19] se está vistiendo
y, vuelto hacia su Jefe, se lía con tanto nombre.

Dumanet[20], a su lado, se apoya en la culata
del mosquetón, le tiembla su bien rapada nuca:
«¡Viva el Emperador!» — Su vecino está mudo…

Lo mismo que un sol negro, un chacó. Y en el centro
boquillón, azulgrana, ingenuo, tras su panza,
enseñando su culo comenta: «¿de qué va?».

Octubre, 1870.

EL APARADOR

Es un aparador de talla; el roble oscuro
muy antiguo, trasmina a la bondad del viejo.
Está abierto y derrama, a partir de su sombra,
como los vinos rancios, un aroma incitante.

Repleto, es un barullo de antiguallas diversas,
sábanas perfumadas y amarillentas, trapos
de mujeres y niños, deslucidos encajes,
mantones de la abuela con dragones pintados.

En él encontraremos medallones y rizos
de pelo blanco, o rubio, retratos, flores mustias
cuyo aroma al olor de los frutos se mezcla.

Oh aparador de antaño, tu sabes mil historias
y quisieras contarlas y por eso rechinas
cuando se abren, despacio, tus grandes puertas negras.

Octubre, 1870.

MI BOHEMIA

(Fantasía.)

Me «abría», con los puños en los bolsillos rotos.
Incluso mi chaleco tendía a la idealidad.
Bajo los cielos iba, oh Musa, tu vasallo.
Cuántos maravillosos amores, ay, soñé.

Mi único pantalón, tenía un enorme siete.
Soñador Pulgarcito desmigajando rimas
mi refugio se hallaba hacia la Osa Mayor
y guiñaban mis astros con un suave fru-fru.

Y yo los escuchaba al borde las rutas,
las tardes de septiembre, al tiempo que las gotas
del rocío en mi frente, como un vino vital.

O rimando, perdido en las sombras fantásticas,
como cuerdas de lira tensaba los elásticos
de mis tristes zapatos, un pie en el corazón.

LOS CUERVOS

Señor, cuando los prados están yertos
y cuando en las aldeas asoladas
han cesado los ángelus,
sobre la desnuda naturaleza
haz que se precipiten de los cielos
los tan queridos, deliciosos cuervos.

Huestes extrañas de severos gritos,
el cierzo se ha colado en vuestros nidos.
A lo largo de amarillentos ríos,
por las rutas de los viejos calvarios,
sobre las fosas, sobre las trincheras,
¡dispersaos! ¡Uníos!

Por los campos de Francia y a millares,
donde duermen los muertos de anteayer,
dad vueltas y más vueltas en invierno
para que el caminante lo recuerde.
¡Sé nuestro pregonero del deber
negro pájaro fúnebre!

Santo del cielo en la cima del roble,
mástil sin rumbo por la noche mágica,
déjale la curruca del buen tiempo
al que, en el fondo del espeso bosque,
atrapado en las yerbas,
ha encadenado esa fatal derrota.

LOS SENTADOS

Negros de pupas, héticos, con verdosas ojeras
y con garras hinchadas engarfiadas al fémur,
chapado el occipucio de irritaciones vagas
como esa eflorescencia de los muros con lepra,

han logrado injertar, en convulsos amores,
su irreal osamenta al tiznado esqueleto
de las sillas; sus pies a tan flacos barrotes
se entrelazan durante las noches y los días.

Carcamales eternos al asiento trenzados,
notan cómo los soles adelgazan su piel,
o, pegados al vidrio, mientras se funde el hielo,
tiemblan con el grotesco sobresalto del sapo.

Y acaban sus Asientos amándolos; la anea,
con un tinte marrón cede ante sus riñones;
y, tejido, el espíritu de los soles de antaño,
aún boquea en las espigas que tuvieron el grano.

Y así, verdes pianistas, las corvas en los dientes
y los dedos marcando bajo el tablero el ritmo,
se escuchan chapoteando dolientes barcarolas
y se mecen sus cholas al run — run del amor.

No hagáis que se levanten. Sería como un naufragio.
Se alzarían, bufando como gato escaldado.
Lentamente enarcadas sus espaldas ¡oh rabia!
se inflan sus pantalones sobre las gordas nalgas.

Y entonces los oís golpear sus mondos cráneos
en los plúteos sombríos, coceando patizambos.
Sus botones parecen pupilas furibundas
que os clavan su mirada desde los corredores.

Poseen una mano invisible que mata;
al regreso, sus ojos destilan el veneno
que inyecta el ojo fiero de una perra apaleada
y terminái s sudando con un nudo fatal.

En la silla de nuevo y con crispados puños

piensan en cuantos llegan y les roban la paz
y, de aurora a crepúsculo, sus racimos de amígdalas
bajo un mentón exiguo tiemblan a reventar.

Cuando el austero sueño abate sus viseras,
sobre los brazos sueñan en asientos que paren,
en amorcillos que alguien en las sillas tallara
para las que se estofan soberbios escritorios.

Flores de tinta en pólenes de comas escupidas
les mecen, a lo largo de acurrucados cálices,
igual que a los gladiolos un vuelo de libélulas,
y afiladas espigas acalambran su miembro.

CABEZA DE FAUNO

En el follaje, verde estuche dorado,
en el follaje denso y florecido
con brotes donde moran los besos,
nervioso y desgarrando los primores

un asustado fauno abre mucho los ojos
mientras sus dientes muerden flores grana.
Roja y bruñida, como un vino añejo,
su boca ríe bajo la enramada.

Y cuando, como ardilla, se pierde por la fronda
vibra su risa trenzada en cada hoja
y vemos, asustado por el pinzón que canta,
cómo el Beso de Oro del Bosque queda en paz.

LOS ADUANEROS

Los de «¡me cago en Dios!», como los de «¡mecachis!»
sorches y marineros, despojos del Imperio, jubilados,
nada tienen que hacer frente a los Nuevos Guardias,
talando a golpe de hacha un azul de frontera.

Fumando, faca en mano, hoscos, nada dormidos,
cuando babea la sombra por los bosques, se largan,
atraillando a sus dogos, listos para el ataque,
a celebrar, nocturnos, sus fiestas espantosas.

Marcan con nuevas leyes a nocturnas faunesas,
Atrapando a la vez a Faustos y Fra Diávolos[21]:
«¡de eso nada, carcundas, id soltando los bultos!».

Si su serenidad se aproxima a los jóvenes,
se conforma el Agente con cebos controlados.
¡Ay de los Delincuentes que su mano rozó!

ORACIÓN VESPERTINA

Sentado como un ángel en manos del barbero
vivo, alzando mi jarra de profundas estrías.
Combados hipogastrio y pescuezo, con mi pipa,
bajo el viento pautado con leves veladuras.

Cual excrementos tibios de viejos palomares
mil Sueños me originan dóciles quemaduras;
luego, mi corazón se parece a un albor,
que ensangrienta un goteo de mórbidas corolas.

Después, tras digerir con cuidado mis sueños,
me giro, tras beber treinta o cuarenta jarras,
cuidando de aliviar acres necesidades:

manso, como el Señor del cedro y el hisopo,
alto y lejos, orino contra los pardos cielos,
con la complicidad que dan los heliotropos.

CANTO DE GUERRA PARISINO

Llegó la primavera, pues
del fondo de las Verdes Fincas,
el vuelo de Picard y Thiers[22]
con esplendor lo certifica.

¡Culos delirantes! ¡Es mayo!
Sevrès, Meudon, Bagneux, Asnières[23]
escuchad, que los bienvenidos,
siembran futesas primaverales.

Llevan chacó, sable y tam-tam,
nada del viejo cajón con velas,
y canoas que nunca… nunca…
surcando las aguas granates.

Más que jamás nos divertimos,
cuando sobre nuestras cabezas
caen los rubios aerolitos
en las auroras más secretas.

Son dos Eros, Thiers y Picard,
conquistadores de heliotropos;
con petróleo pintan Corots[24],
ahí llegan silbando sus tropos.

¡Son familiares del Gran Truco[25]!
Entre gladiolos duerme Favre[26],
parpadea como acueducto
y con pimienta se estimula.

Está caliente la gran ciudad,
pese a las duchas petroleras
y es preciso y falta nos hace
sustituiros en las tareas.

¡Y los Rurales[27] que dormitan
en cuclillas noches y días

oirán quebrarse los ramajes
entre rojas magulladuras!

MIS PEQUEÑAS ENAMORADAS

Hidrolato lacrimal lava
cielos de verde col:
bajo un árbol de tiernos retoños
impermeables de goma.

Blancos de lunas especiales,
peales redondos,
entrechocan vuestras rodillas
¡feúchas mías!

Nos amábamos hace tiempo
¡feúcha azul!
Comíamos huevos al minuto
con pimpinelas.

Me ungiste poeta una tarde
¡feúcha blonda!
Baja, que quiero azotarte,
en mi regazo.

Tu bandolina vomité
¡Negra feúcha!
Destrozarás mi mandolín
de arriba a abajo.

¡Qué asco! Saliva seca
¡Feúcha roja!
infecta aún el canal
de tus dos pechos.

Mis pequeñas enamoradas
¡os odio tanto!
Tapiad con trapos viles
tetas tan feas.

Saltad, mis viejas escudillas
sentimentales.
¡Arriba pues! Sed bailarinas
por un momento.

Se os salen los omóplatos

¡amores míos!
Con una estrella en los riñones
¡vuelta otra vez!

Y, sin embargo, para esos lomos
hice mis rimas.
Vuestras caderas yo rompería
pues las amé.

Montón de estrellas fracasadas
¡a vuestro puesto!
Reventaréis en Dios, cinchadas
por el cansancio.

Blancos de lunas especiales,
peales redondos.
Entrechocan vuestras rodillas
¡feúchas mías!

EN CUCLILLAS

Ya tarde, cuando siente muy revuelto el estómago
el lego Miloto mirando al tragaluz,
desde el cual un sol claro, como caldero limpio,
le manda una jaqueca que enturbia su visión,
remueve entre las sábanas su panza clerical.

Torpemente se mueve bajo su manta gris
y se baja, las piernas a la altura del vientre,
lelo como un anciano que tomara su dosis,
pues debe, en su puño cogido el orinal,
hasta el lomo enrollar su largo camisón.

Helado, se acuclilla, con los dedos del pie
encogidos, temblando al rubio sol que aplica
amarillo de bollo a vidrios de papel.
Y las napias del hombre, con resplandor de laca,
se agitan con los rayos como blando polípero.

Con los brazos cruzados se está cociendo el hombre
el hocico, las tripas; siente que se deslizan
sus muslos en el fuego y se tuestan sus calzas
y su pipa se apaga. Algo así como un pájaro
se remueve en su vientre, como un montón de trapos.

Duermen, en torno suyo, embrutecidos muebles
entre harapos con mugre y sucias prominencias;
escabeles, cual sapos extraños, se agazapan
en rincones sin luz: abre el aparador
su bocaza de chantre con horribles designios.

Un calor nauseabundo colma la estrecha celda,
el cerebro del santo se ha llenado de hilachas
a sus pelos escucha crecer sobre la piel
y, a veces, entre hipos, fatalmente grotesco,
se abandona, volcando su cojo taburete.

Y a la noche, entre rayos de luna que le forman
luminosa rebaba alrededor del culo,
una nítida sombra se agacha sobre un fondo
de nieve coloreada, casi una malvarrosa…

Una nariz persigue a Venus por los cielos.

A M. P. Demeny.

LOS POETAS DE SIETE AÑOS

Y la madre cerrando el libro de deberes
se aleja satisfecha y orgullosa; no ha visto
en los ojos azules y en la abombada frente
el alma de su hijo, librado a sus desórdenes.

Sudaba obedeciendo durante todo el día. Muy
listo; sin embargo, ciertos tics, ciertos gestos,
mostraban, claro en él, acres hipocresías.
En el pasillo oscuro, de húmedo empapelado,
enseñaba la lengua al cruzar, ambos puños
puestos sobre las ingles, los ojos apretados.
Una puerta se abría a la noche; la lámpara,
lo descubría gruñendo, arriba, en la escalera,
bajo un golfo de luz que descendía del techo.
Sobre todo en verano, estúpido y vencido,
le gustaba encerrarse en la fresca letrina
y meditaba allí, liberando el olfato.

Cuando, purificado de los miasmas del día,
tras la casa, en invierno, a causa de la luna
refulgía el jardín, tumbado al pie de un muro
y cerrando los ojos para lograr visiones,
oía a la carcoma trabajar la espaldera.
¡Piedad! Tan sólo amaba a esos niños canijos
que avanzan, descubiertos, con ojos desteñidos,
escondiendo sus flacos dedos, sucios de barro,
bajo telas hedientes a diarrea
y hablando con el tierno deje de los idiotas.
Y si en tales inmundas piedades le pillaban,
al horror de su madre, las profundas ternuras
del hijo actuaban sobre aquella extrañeza.
¡Qué gusto! Ella gozaba con tramposo ojo azul.

A los siete, escribía novelas sobre el mundo
de los desiertos, donde la libertad domina.
¡Soles, bosques, riberas, sabanas! Se servía
de textos ilustrados donde, febril, veía
reír a las bellezas de Italia y a españolas.
Y de pronto, morena, loca, vestida de india
—ocho años—, surgía la hija de un vecino,
una bruta que, un día, le terminó saltando

desde un rincón encima, agitando sus trenzas,
y él, al verse debajo, le mordiera en las nalgas,
pues no llevaba bragas. Y, aunque ella le tundiese,
se trajo hasta su cuarto el sabor de su piel.

Temía los desolados domingos de diciembre
cuando, muy repeinado, en mesa de caoba
leía en una Biblia de cantos verde — col
y le oprimían los sueños en su alcoba.
No amaba a Dios, tan sólo a hombres oscuros
que pasaban de noche por la hosca barriada,
donde los pregoneros, tras un triple redoble,
hacían con sus bandos reaccionar al gentío.
Soñaba con praderas de amor, donde las olas
luminosas, perfumes y pubescencias de oro,
lentamente se mueven hasta emprender el vuelo.
Y cómo, sobre todo, lo sombrío saboreaba,
cuando, en la habitación, con la persiana baja,
azul y alta, acremente presa de la humedad,
volvía a su novela, mil veces meditada.
Colmada de ocres cielos y bosques sumergidos,
de flores que se abrían en selvas siderales.
¡Vértigo y hundimiento, derrota y compasión!
—Mientras, iba creciendo el rumor del suburbio
afuera — él, echado de bruces en la colcha,
presentía el violento restallar de la vela.

26 de mayo de 1871.

LOS POBRES EN LA IGLESIA

Dispersos por los bancos de roble, en las iglesias,
a las que entibian algo sus hediondos alientos,
los ojos hacia el coro estofado, mientras brama
la escolanía una sarta de cánticos piadosos.

Toman el de la cera por un aroma a pan.
Felices y sumisos como perrros golpeados,
los Pobres, al buen Dios, el amo y el patrón,
dirigen sus oremus obtusos y risibles.

Merecen las mujeres esos bancos sin gibas
tras los seis negros días en que Dios las maltrata.
Ahí acunan, liados en extrañas pellizas,
a una suerte de niños que lloran sin parar.

Exhibiendo sus tetas, las ansiosas de sopa,
con ojos suplicantes y sin rezar jamás,
malignas, van mirando cómo desfila un grupo
de muchachas tocadas con sombreros deformes.

Fuera, el frío y el hambre, el hombre y su jarana.
Adentro se está bien. Una hora aún. Después,
sufrir. En torno a ellas gime, ganguea, musita
un surtido de viejas con horribles papadas.

Y allí los epilépticos y esos seres pasmados
a los que todos huyen en las encrucijadas.
Y, husmeando febriles en los viejos misales,
ciegos, a los que un perro introduce en los patios.

Todos, babeando fes mendicantes y estúpidas,
repiten su salmodia infinita a Jesús
que sueña recortado por la luz de un vitral
lejos de flacos malos y bellacos panzudos.

Lejos del tufo a carne y a vestidos con moho,
farsa sumisa y lóbrega de repulsivos gestos
—y la oración florece de expresiones cuidadas
y en las misticidades hay modos apremiantes.

Cuando, en las naves donde el sol desaparece,

necios pliegues de seda, sonrisas verdeantes
en barrios muy selectos, Damas con mal hepático
dan a besar sus dedos a las pilas benditas.

1871.

CORAZÓN ROBADO

Mi corazón babea a popa
y rebosa de «caporal[28]»,
lanzan en él chorros de sopa,
mi corazón babea a popa.
Bajo las burlas de la tropa
con risotada general,
mi corazón babea a popa
y rebosa de «caporal».

Itifálicos[29] y pipiolescos[30],
sus pullas lo depravarán.
En la vigilia pintan muros
itifálicos y pipiolescos.
¡Oleajes abracadabrantescos
salvadlo, ese es mi corazón,
itifálicos y pipiolescos
sus pullas lo depravarán!

En cuanto apuren sus colillas
¿cómo haré, corazón fatal?
Se oirán estribillos faunescos
en cuanto apuren sus colillas.
Las náuseas podrán conmigo
si envilecen mi corazón.
En cuanto apuren sus colillas
¿cómo haré, corazón fatal?

Mayo, 1871.

LA ORGÍA PARISINA O PARÍS VUELVE A REPOBLARSE

¡Cobardes, aquí está! ¡Acercaos a las vías!
El sol con sus ardientes pulmones purifica
los paseos que, un día, profanaron los Bárbaros.
He aquí la Ciudad Santa, levantada al Oeste.

¡Vamos! Se ha prevenido el reflujo del fuego,
ved los muelles aquí, y allá los bulevares,
las casas contra el cielo azul y esplendoroso,
cierta noche puntuado del rubor de las bombas.

Ocultad los palacios, muertos en sus sarcófagos,
los viejos días borrosos, refrescan las miradas.
Abrid paso al tropel rojo de las nalgueras:
enloqueced, pues, locos y raudos, gustaréis.

Perras que vais, en celo, tragando cataplasmas,
casas de oro os reclaman a gritos ¡Saquead!
¡Comed! ¡Ésta es la noche de felices espasmos,
que se instala en las calles, aciagos bebedores!

¡Bebed! Cuando despierta la luz intensa y loca,
husmeando a vuestro lado los rutilantes lujos
¿No acudís a beber, mudos y babeantes,
con la mirada absorta en blancas lejanías?

¡Brindad por la Señora de nalgas en cascada!
Escuchad cómo suenan los eructos estúpidos,
¡desollados! ¡Oíd cómo, en la noche, brincan
los idiotas que expiran, los rancios, los lacayos!

¡Corazones mugrientos! ¡Aterradoras bocas!
¡Trabajad con más brío! ¡Oh fauces apestosas!
¡Que les sirvan más vino a estos torpes bastardos!
¡Se os derrite el bandullo de infamia! ¡Vencedores!

¡Aprestad vuestro olfato a la náusea suprema!
¡Afinad con venenos vuestras cuerdas vocales!
Posando en vuestras nucas sus manos enlazadas
el Poeta os maldice: «¡enloqueced, cobardes!».

Como andáis escarbando los dentros de la Hembra,
teméis que tenga aún un estremecimiento
y grite, en tanto a esa camada innoble asfixia
contra su pecho, en una insufrible presión.

Muñecos sifilíticos, locos, reyes, ventrílocuos,
¿qué le puede importar a París, la ramera,
vuestras almas y cuerpos y venenos y andrajos?
Se zafará de todos ¡huraña podredumbre!

Y cuando hayáis caído, gimiendo en lo más hondo,
reclamando, caquécticos, los perdidos dineros,
la roja cortesana de tetas belicosas,
ajena a vuestro pánico, apretará los puños.

Después de haber danzado, sin tregua, en la tormenta,
¡oh París!, sufrirás las muchas puñaladas,
reclinada, guardando en tus claras pupilas,
algo de la bondad de un renacer salvaje.

¡Oh ciudad dolorida, ciudad casi difunta!
Con tu rostro y tus senos de cara al Porvenir
que franquea sus mil puertas a tu pálida cara,
ciudad a la que el pasado sombrío bendecirá:

Cuerpo que las desdichas imantaron de nuevo
que vuelves a beber la existencia difícil,
mientras mana en tus venas un flujo de gusanos
y rondan dedos fríos sobre tu claro amor.

¡Y eso no es malo! Larvas, larvas fantasmagóricas
no podrán impedir tu soplo hacia el Progreso,
igual que las Estringes[31] no apagaron el ojo
Azul de las Cariátides[32], que tiñe un oro astral.

Aunque sea vergonzoso verte cubierta así,
aunque jamás ciudad fuera trocada en úlcera
tan hedionda, en el reino de la Naturaleza,
el Poeta te dice: «¡tu hermosura es espléndida!».

Te consagró el turbión, poesía suprema,
el inmenso trajín de la fuerza te guarda.
Tu obra hierve, la muerte gruñe ¡Ciudad Elegida!

Acumulas potencia en la voz del clarín.

El Poeta hace suyo el canto del Infame,
el odio del Forzado, el clamor del Maldito,
y abrasará a las hembras con sus rayos de amor,
y brincará su estrofa: ¡Mirad, mirad, bandidos!

Sociedad, todo ha vuelto a su orden: la orgía
llora su estertor viejo en viejos lupanares.
Y el gas en su delirio, por las rojas murallas,
arde siniestramente rumbo al lívido azul.

Mayo, 1871.

LAS MANOS DE JEANNE-MARIE

Jeanne-Marie tiene manos fuertes,
oscuras manos que el sol curtió,
pálidas manos como de muerta.
—¿De Juana estas manos son?

¿Absorbieron tintes brunos
en mares voluptuosos?
¿O se templaron en luz de luna
en los estanques más serenos?

¿Habrán bebido en cielos bárbaros,
sobre serenas rodillas lindas?
¿Fabricaron cigarros puros?
¿Con los diamantes traficaron?

¿Marchitaron flores de oro
sobre los pies de las Madonas?
Pero es jugo de belladona[33]
lo que en sus plantas brota y calla.

¿Manos atrapando a dípteros
que bordonean, azulencos
y aurorales, hacia nectarios[34]?
¿Manos que trasiegan venenos?

¿Qué sueño las enloqueció
en sus pendiculaciones[35]?
¿Un inaudito sueño asiático
de Kengavares[36] y Siones?

—Manos que no vendieron cítricos,
ni al pie de dioses se tostaron.
Manos que no lavaron prendas
de rollizos niños sin ojos.

No son manos de prostituta,
ni de una obrera sudorosa,

que el sol borracho de alquitrán
quemara en bosques hediondos.

Manos que inclinan la cerviz,
manos que nunca hicieron daño,
fatales como son las máquinas,
más fuertes que cualquier potro.

Se agitan como las hogueras,
y licenciando sus terrores,
su carne entona Marsellesas,
nunca jamás kirieleisones.

Se os cortará el cuello, mujeres
indignas, ya no tendréis manos;
mujeres ricas, de aciagas zarpas,
sucias de polvo y de carmín.

El fulgor de estas manos de amor
vuelve tontos a los borregos
y sobre sus falanges sápidas,
coloca el sol su gran rubí.

Una muchacha populachera
las curte como a seno antiguo.
¡Dorso de esas manos, plaza
que todo Rebelde ha besado!

Palidecieron, prodigiosas,
a pleno sol, a puro amor,
paseando la ametralladora
por un París amotinado.

Pero, a veces, Manos Sagradas,
en esos puños, manos que mueven
labios jamás desembriagados,
gritan cadenas de anillos claros.

Y hay un extraño sobresalto,
cuando, a veces, en nuestro ser,
quieren blanquearos, Mis Ángeles,

cuando os desangran por los dedos.

LAS HERMANAS DE CARIDAD

El joven de mirada brillante, piel morena,
un cuerpo de veinte años que debiera ir desnudo,
de frente circundado por cobres, bajo lunas,
adoptado por Persas, Genio desconocido,

impetuoso, aunque con ternuras de virgen
o negra, valorando alto su terquedad,
joven como los mares, llanto en noches de estío
que se agitan, sin fin, en lechos diamantinos;

este joven, plantado ante el horror del mundo,
tiembla en su corazón, largamente irritado
y harto de su herida profunda y permanente,
se dedica a inventar a un ser caritativo:

una Mujer, montón de entrañas, piedad suave,
que nunca en plan de hermana de caridad, soñó:
ni su oscuro mirar donde la sombra duerme,
ni dedos leves, senos bellamente torneados.

Ciega, siempre dormida, de pupilas inmensas,
todos nuestros abrazos una cuestión plantean,
portadora de tetas, eres tu la que cuelga,
te acunamos nosotros, Pasión encantadora.

Tus odios, tus perezas reiteradas, tus faltas
y tus brutalidades, desde siempre sufridas,
nos las devuelves siempre, Nocturna, sin maldad
como ese plus de sangre que cada mes derramas.

Y cuando a la hembra, un tiempo sufrida, le amedrenta
Amor, canto a la vida y llamada a la acción,
llegan la Musa Verde y la Ardiente Justicia
a desgarrarle como soberana obsesión.

Conmocionado siempre por calmas y esplendores,
dejado por las dos implacables hermanas,
gimiendo con ternuras tras la ciencia piadosa,
su frente, tinta en sangre, brinda a Naturaleza.

Pero la negra alquimia y los estudios sacros

repugnan al herido, altivo sabio oscuro,
y siente que a su lado marcha la soledad.
Entonces, siempre hermoso, sin temor al sepulcro,

que piensa en un confín de Sueño o Caminata
inmensos, en la noche de la Veracidad,
y toca en sus adentros y en sus miembros enfermos
la Misteriosa Muerte, la Sor de Caridad.

Junio, 1871.

VOCALES

A, negro; E, blanco; I, rojo; U, verde; O, azul, vocales.
Algún día contaré vuestro nacer en vilo:
A, negro corsé lleno de moscas deslumbrantes
que revuelan en torno a crueles hedores,

golfos de sombra; E, candor, vapores, tiendas,
lanzas de los glaciares, reyes blancos, umbelas;
escupida sangre, I, risa de labios bellos
en la penitencial embriaguez o en la cólera;

U, ciclos, vibración divina del mar verde,
paz de pastos puntuados de animales, de surcos,
que la alquimia grabara en frentes estudiosas;

O, supremo clarín de raras estridencias,
silencio interrumpido por Ángeles y Mundos:
¡O, el Omega, el relámpago violeta de Sus Ojos!

[LA ESTRELLA LLORÓ ROSA AL FONDO DE TU OÍDO]

La estrella lloró rosa al fondo de tu oído,
blanco roló lo inmenso entre nuca y cintura
perló rojo la mar tus dos pechos bermejos
y sangró negro el Hombre en tu flanco triunfal.

[ANDABA ERGUIDO EL JUSTO SOBRE SUS FUERTES PIERNAS]

Andaba erguido el Justo sobre sus fuertes piernas
y le doraba el rayo los hombros; el sudor
me invadió: «¿quieres ver bólidos rutilantes
y, puesto en pie, escuchar el fluir rumoroso
de astros lácteos y enjambres de asteroides?».

«Tu rastro han espiado en comedias nocturnas
oh Justo. Necesitas un hecho. Di tus preces
cubierto por las sábanas, levemente purgado
y si algún confundido se topa con tu puerta
dile: "¡márchate Hermano! ¿no ves que estoy lisiado?"».

Pero el Justo seguía en pie, con el espanto
azulado del césped tras la muerte del sol.
«¿Y no pondrás, entonces, tus viejas rodilleras
en venta? ¡Oh Peregrino, oh bardo del Amor!
¡Llorón de los Olivos, mano envuelta en piedad!

»Barba de la familia, puño de la ciudad,
creyente manso, pecho derramado en los cálices,
majestad y virtud, amor y cruel ceguera,
¡justo! Más mentecato e inmundo que una perra
¡yo soy aquel que sufre, el que se ha rebelado!

»Me hace llorar la risa, oh estúpido, me mata
la risa en la esperanza de tu tosco perdón.
Estoy maldito ¿sabes?, borracho, loco, lívido,
lo que sea, es decir, vete a acostar.
¡No deseo nada, Justo, de tu cerebro torpe!

»Tu eres el Justo ¿no? ¡El Justo! ¡Y eso es todo!
Preciso es admitirlo, tu ternura y razón,
igual que los cetáceos, por la noche resoplan,
que ya eres un proscrito y que lanzas tus trenos
acerca de espantosas empuñaduras rotas.

»¡Y eres ojo de Dios! ¡El vil! Y si las plantas
heladas de sus pies me oprimen el gaznate,
eres vil. ¡Oh cabeza pululando de liendres!
Sócrates y Jesús, Santos y Justos ¡qué asco!

¡Respetad en la noche de la sangre al Maldito!»

Aullé de tal manera sobre el mundo y la noche
calma y lechosa en lo alto, durante mi delirio.
Y cuando alcé mi frente, se esfumaba el fantasma
transportando el atroz sarcasmo de mis labios.
«¡Llegad vientos nocturnos para hablar al Maldito!»

Mientras que silencioso, debajo de pilastras
de azul y prolongando los cometas y cruces
del universo, inmensa conmoción de desastres,
el Orden, vigilante, reina en los claros cielos
y de su draga ardiente se desprenden los astros.

¡Ah, que se vaya el Justo, atada la corbata
del oprobio a su cuello, soportando mi hastío
dulce como el azúcar en el diente podrido
—como esa perra tras el asalto de perros
lamiéndose un costado del que penden sus tripas!

Que invoque caridades roñosas y progresos…
—aborrezco los ojos de esos chinos panzudos—
y que cante las nanas como agónicos niños,
esos dulces idiotas de súbitas canciones.
¡En vuestros blandos vientres nos cagamos, oh Justos!

LO QUE SE DICE AL POETA A PROPÓSITO DE FLORES

Al señor Théodore de Banville.

I

Siempre arrastrado al azul negro
donde palpita el mar topacio,
en tu noche se irán abriendo
los lises ¡lavativas del tránsito!

Y en nuestros tiempos de sagú[37],
en que las Plantas son laboriosas,
beberá hastíos azules el lis
sobre tus Prosas beatonas.

El lis del señor de Kerdrel[38],
soneto del ochocientos treinta,
el lis que se da al Trovador
con clavel y con amaranto.

¡Lises y lises! ¡No los vemos!
Pero en tu verso, cual las mangas
de Pecadoras de paso suave,
siempre se agitan sus flores blancas.

Querido, siempre que te bañas,
tu camisa en axilas rubias
se infla con la brisa del día
sobre miosotis inmundos.

No te concederá el Amor
más que las lilas —¡oh columpios!—
y violetas de los Bosques
¡dulces lapos de negras Ninfas!

II

Poetas, aun cuando tuvierais
a las Rosas, Rosas pletóricas,
rojas y en tallos de laurel
y orladas con mil octavas.

O si BANVILLE logra que nieven
sanguinolentas y girantes
hiriendo el ojo del extraño
de lecturas malevolentes…

De vuestros prados y bosques
oh mis fotógrafos apacibles
la flora cambia tanto como
los tapones de las botellas.

Siempre los vegetales de Francia,
absurdos, coléricos, tísicos,
donde el vientre de los pachones
navega en paz cuando atardece,

siempre tras atroces designios
de azules Lotos o de Heliantos,
estampas rosas o beatas
para jóvenes comulgantes.

La Oda a Azoka[39] va bien con la
estrofa en ventana de puta:
pesadas y brillantes mariposas
se cagan en las Margaritas.

¡Viejos follajes y galones!
¡Oh bizcochitos vegetales!
¡Flores raras en los salones!
No como crótalos, como avispas,

esos llorosos bebés vegetales
que Grandville[40] apadrinaría
y que nutrieron con colores
crueles astros con visera.

Vuestras rebabas de caramillo

dan en glucosas formidables.
—¡Oh huevos fritos bajo sombreros!
¡Lises, Azokas, lilas, rosas!

III

Blanco Cazador descalzo
a través del pasto pánida.
¿No podrías, no debieras
saber algo de botánica?

Temo que confundirías
grillos rojos con cantáridas,
Azul Rhin y Oro de Ríos
y Floridas con Noruegas.

Pero el arte de hoy, querido,
—es cierto — ya no permite
al sorprendente Eucalipto
contorsiones del hexámetro.

Igual que si las Caobas
en la Guayana sirviesen
sólo a cascadas de titíes
con delirios de liana.

En fin, una flor, Romero,
O un lis ya esté vivo o muerto
¿vale una caca de albatros,
las lágrimas de una vela?

¡He dicho cuanto quería!
pero tú, tendido en una
casa de bambú, postigos
echados, tapices persas,

harías floridas chapuzas
dignas de Oises[41] extraños.
Son, Poeta, esas razones
tan risibles como altivas.

IV

Di no las pampas en flor
negras de atroces rebeliones
sino el tabaco y algodón
de sus exóticas cosechas.

Frente que Febo curtió, di
cuántos dólares se embolsa
Pedro Velázquez, en La Habana,
y olvida la mar de Sorrento

donde miles de cisnes nadan;
que tus estrofas sean reclamo
en las talas de los manglares
que hurgan hidras y machetes.

Sume en bosques de sangre tu verso
y ofrece después a los Hombres
nuevos temas de azúcar blanco
con resinas y expectorantes.

Dinos si esos rubios destellos
en Picos nevados del trópico
son desove de los insectos,
o son musgos microscópicos.

Queremos que halles, Cazador,
ciertas perfumadas granzas
que Natura, en pantalones,
para nuestras Armas, forme.

Busca en el fin del Bosque en sueños
flores con boca de dragón
que chorrean pomada de oro
sobre el pelaje de los Búfalos.

Sobre los prados donde tiembla
la plata de las pubescencias
busca copas con Huevos ígneos
que cuecen entre mil aromas.

Busca cardos algodonosos

en que asnos con ojos de brasa
trabajan hilando los nudos,
descubre flores que sillas sean.

Busca en el centro de las vetas
esas flores que son de piedra,
que junto a sus duros ovarios
tienen amígdalas de gemas.

Sírvenos, tú que puedes, Bufón,
en soberbias fuentes de plata
guisos de almibarados lises
que muerden cucharas de alpaca.

V

Alguien cantará el gran Amor,
ladrón de sombrías indulgencias,
mas ni Renan[42] ni el Gato Murr[43]
vieron el Tirso azul e inmenso.

Introduce en nuestras torpezas
mediante tus pomos la histeria;
exáltanos a candores
más puros que las Marías…

¡Comerciante! ¡Medium! ¡Colono!
Nacerá, rosa o blanca, tu Rima,
lo mismo que un rayo de sodio,
como el látex que se derrama.

Juglar, de tus negros poemas,
blancos, verdes y rojos diópticos,
que escapen insólitas flores
y eléctricos lepidópteros.

He aquí al Siglo del Infierno
y de los postes del telégrafo,
que admirarán, lira de hierro,
en tus omóplatos portentosos.

Danos, sobre todo, tu versión
sobre el virus de las patatas.
Y para la composición
de versos llenos de misterio,

leídos desde Paramaribo[44]
hasta Tréguier[45], y adquiere raudo
los Tomos del Señor Figuier[46],
¡Ilustrados! — en Casa Hachette[47].

Alcide Bava
A. R.
14 de julio de 1871.

LAS PRIMERAS COMUNIONES

I

¡Mira que son estúpidas las iglesias rurales
en que quince adefesios sobando los pilares
oyen cómo ganguea sus divinos deliquios
un cuervo estrafalario al que huelen los pies:
aunque, al menos, el sol a través del follaje
coloree los vitrales de trazo irregular!

Huele siempre la piedra a tierra natural.
Veréis gran cantidad de guijarros terrosos
en la campiña en celo que solemne se agita
plantando el trigo en los senderos ocres
junto a ralos arbustos donde azulea la endrina
—Nudos de zarzamoras y feos escaramujos.

Cada cien años, vuelven a aliñar al granero
al pasarle un revoco de azulete y de cal:
y aunque se puedan dar grotescos misticismos
junto a Nuestra Señora o a tal Santo de Palo,
moscas con fuerte olor a establo o a orinal
se atiborran de cera en el piso con sol.

Se debe siempre el niño a su casa, familia
de ingenuos menesteres y estúpidos empleos,
y se acaba marchando, pero hormiguea esa piel
donde el Cura de Cristo le hundió sus recios dedos.
Al *Pater*, se le alquila un emparrado al sol
para que ponga al tueste todas esas cabezas.

El primer traje negro, la fiesta de las tartas
bajo el «Napoleón» o «El pequeño tambor»,
estampas de colores en que Josés y Martas
sacan la lengua con un fervor excesivo

a lo que añadirán dos mapas —¡Oh la ciencia!
Son los dulces recuerdos que originó el Gran Día.

Las niñas llegan siempre a la iglesia contentas
al oír que los chicos las tratan de putillas
y presumen, después de la Misa o las Vísperas.
Ellos, predestinados al garbo cuartelero
en el café se burlan de la gente honorable
y, de camisa nueva, braman torpes canciones.

El Cura, en tanto, escoge para la chiquillada
dibujos; y en su cuarto, cuando llega a su oído
el lejano rumor de los que están bailando,
siente cómo, a pesar de sus pías defensas,
se le van tras las notas las piernas y los pies.
Pirata en cielos de oro, la Noche desembarca.

II

Ha distinguido el *Pater*, entre los catecúmenos
llegados de Suburbios o de Barrios de Ricos,
a esta desconocida, pequeña, de ojos tristes,
frente pajiza y padres de profesión porteros
«y el Gran Día, eligiéndola entre las postulantes,
sobre su frente, Dios nevará agua bendita»

III

Víspera del Gran Día, cae enferma la niña.
mejor que en la alta iglesia de resonancias fúnebres
—menos sosa, la cama. Llega el escalofrio
y un temblor sobrehumano e insistente: «¡Me muero!».

Y como hurto de amor a sus necias hermanas
va contando, abatida, las palmas sobre el pecho,
Ángeles y Jesuses y Vírgenes sin mácula
y su espíritu en calma, absorbe al Vencedor.

¡Adonai!… En el eco de los nombres latinos
cielos de moaré verde bañan frentes rojizas
y manchados con sangre de los celestes pechos
grandes, nevados lienzos sobre los soles bajan.

Para virginidades presentes y futuras
mordisquea los frescores de tu alta Absolución,
pero más que nenúfares y más que confituras
son fríos tus perdones, ¡oh Reina de Sión!

IV

Después la Virgen es sólo virgen de libro,
se termina rompiendo el místico arrebato
y queda la pobreza de imágenes gastadas
por el chafarrinón, el tedio, el leño viejo.

Vagas curiosidades, ligeramente impúdicas,
atormentan el sueño de añiles castidades
que se turban si piensan en las celestes túnicas
de tul con que Jesús vela sus desnudeces.

Pero ella quiere, quiere con el alma angustiada
y la cara en la almohada, que sofoca sus gritos,
prolongar los chispazos supremos de ternura,
y babea… Las sombras anegan casa y patio.

Y ya no puede más y se agita, cimbreando
los flancos, con la mano corre el dosel azul
para que la frescura de la alcoba penetre
hasta su ardiente pecho y su vientre que quema.

V

De noche se despierta, la ventana está blanca.
En el ensueño azul del visillo lunado
le arrebatan vislumbres del candor de la fiesta;
su sueño ha sido rojo, sangra por la nariz.

Y sintiéndose a un tiempo casta y llena de culpa,
para de nuevo en Dios apacentar su amor,
tiene sed de la noche donde se eleva y cae
el pecho, a quien tutela un cielo sospechado.

De noche, ¡oh María!, Virgen tenue que bañas
los jóvenes temores con tus graves silencios,
tiene sed; de esa noche de corazón sangrante,
que, en soledad, derrama su rebelión sin gritos.

Y haciéndose la víctima y esposa muy chiquita,
su estrella la contempla, con la vela en la mano,
bajar al patio donde una blusa se orea,
despertando a los negros duendes de los tejados.

VI

Pasó su santa noche metida en las letrinas,
el viento se colaba, blanco, por la techumbre
hasta su cirio y vides locas de color púrpura
se abrían paso a través de un patio paredaño.

Era la ventanita un corazón de luz
en el patio y los cielos eran bajos y cárdenos,
los cristales, el suelo que olía a lavadero,
soportaban las sombras murales de los sueños.

VII

¿Quién contará estos trances, estos fervores sucios
y el odio en que, más tarde, acaban convirtiéndose?
¿Quién las tareas de Dios que aún deforman al mundo?
¿Quién la lepra, por fin, que a los cuerpos devora?

VIII

Y cuando hayan pasado estos nudos de histeria
verá ella, más allá de tediosas delicias,
al amante que sueña un millón de Marías,
y dirá, cuando acabe la noche, con dolor:

«Te has muerto en mí ¿lo sabes? He robado tu boca,
tu alma, cuanto tenemos, todo lo que posees,
pero yo estoy muy mal, quiero que me abandonen
con los Muertos saciados por las linfas nocturnas.

Yo era joven y Cristo contaminó mi aliento,
y hasta el gaznate me colmó de asco,
besabas mis cabellos, profundos como lana,
yo me dejaba hacer ¡Oh cuánto os satisfice

Hombres! Nunca sospecharéis, que la más amorosa
es, bajo su conciencia de terrores innobles,
la más prostituida y la más angustiada
y el impulso hacia el Hombre significa un error.

Mi Comunión Primera, ahora es cosa lejana.
Era imposible que conociera tus besos,
mi corazón y carne, por tu carne abrazados,
hierven aún con el beso profundo de Jesús».

IX

Y el alma corrompida y el alma consternada
vieron cómo brotaban las negras maldiciones.
y luego se tendieron bajo tu Odio inviolado
absueltas, por la muerte, de las limpias pasiones.

¡Cristo! ¡Cristo! Ladrón eterno de energías,
Dios que durante siglos asociaste a tu anemia,
esclavas de la tierra, con jaquecas y oprobios,
las frentes de las pobres mujeres doloridas.

Julio, 1871,

LAS DESPIOJADORAS

Cuando la frente niña, llena de nubes negras,
convoca al albo enjambre de los sueños confusos,
llegan a su camita dos risueñas hermanas
con sus gráciles dedos, con sus uñas de plata.

Sientan al niño frente a un claro ventanal,
donde un aire azul baña las flores indistintas
y por su denso pelo cuajado de rocío
pasean sus finos dedos terribles y hechiceros.

Él atiende al rumor de sus alientos tímidos
que expanden amplias mieles vegetales y rosas
y al que interrumpe un silbido, saliva
que los labios absorben o deseos de besar.

Y escucha a sus pestañas batir bajo el silencio
fragante; y esos dedos, eléctricos y suaves,
hacen chirriar por entre sus grises indolencias,
bajo sus regias uñas, el final de los piojos.

Y, entonces, sube en él un vino de Molicie,
un suspiro de armónica capaz de delirar
y el niño experimenta, en las lentas caricias,
cómo afloran y mueren sus deseos de llorar.

EL BARCO EBRIO

Cuando iba descendiendo por impasibles ríos
sentí que no me guiaban ya más los sirgadores:
aullantes Pieles Rojas, tomándolos por blanco,
los clavaron desnudos a postes de colores.

Ya no me preocupaba de las tripulaciones,
de los trigos de Flandes o el algodón inglés.
Cuando, al faltar los guías, se calmó el alboroto,
me dejaron los ríos bogar a mi placer.

En el chapotear duro de las mareas
otro invierno, más sordo que un cerebro infantil,
recorrí. Las Penínsulas de más rotas amarras
nunca experimentaron confusión más triunfal.

El temporal bendijo mis vigilias marítimas.
Más ligero que un corcho, por las olas dancé
—arrolladoras olas eternas con sus víctimas—
diez noches, sin buscar el necio ojo del faro.

Más dulce que, a los niños, las ácidas manzanas,
entraba el agua verde en mi casco de abeto,
lavándome las manchas de vómito y de vino,
y trastocando, al tiempo, el ancla y el timón.

Y desde entonces pude bañarme en el Poema
de la Mar lactescente, salpicada de astros,
bebiendo un verde azur, entre pálidas ondas
por donde, a veces, cruza un muerto pensativo.

O donde, destiñendo de golpe los añiles,
ritmos lentos o locos, bajo el brillo del día,
más fuertes que el alcohol, más vastos que las liras,
fermentan los acerbos rubores del Amor.

Vi cielos estallando en fúlguras, vi trombas,
resacas y corrientes; y conocí la noche,
y, como una nación de palomas, al Alba…
Y vi, a veces, aquello que el hombre creyó ver.

He visto el sol poniente teñido de horror místico,

iluminando inmensos coágulos violáceos
y, un poco como actores de antiquísimos dramas,
a olas que dan portazos, rodando ya muy lejos.

Soñé la verde noche de nieves cegadoras,
besos que suben lentos a los ojos del mar,
y la circulación de la savia inaudita
y el alerta, azul y oro, del fósforo cantor.

Seguí durante meses, como vacada histérica,
las olas al asalto de los acantilados,
sin sospechar que el pie claro de las Marías
pudiese domeñar el jadeo del océano.

Tropecé ¿lo sabíais? con Floridas de fábula,
combinando sus flores con panteras humanas,
y arcoiris tensados, como si fuesen bridas,
que enlazasen a glaucos rebaños bajo el mar.

He visto fermentar marismas, grandes nasas,
o pudrirse entre juncos a todo un Leviatán,
y, en las calmas, derrumbes súbitos de las aguas
cayendo entre fragores en abismos sin luz.

Hielos, olas de nácar, soles plateados, cielos
de brasa; y en el fondo de golfos, varaderos
donde enormes serpientes, comidas por las chinches,
caen de árboles torcidos entre oscuros aromas.

Habría sido feliz mostrándole a los niños,
dorados de agua azul, a los peces que cantan.
—Floreadas espumas guiaron mis derivas
y vientos inefables me izaron al pasar.

Al fin, mártir cansado de polos y de zonas,
el mar, cuyo sollozo muy tenue me acunó,
hacia mi levantaba mojadas flores gualda
y yo caía de hinojos, igual que una mujer.

Isla que balanceara en la orilla sus quejas
y el guano de unas aves canoras, de ojos claros,
yo bogaba. Entretanto, por mis amarras frágiles,
los ahogados bajaban lentamente a soñar…

Mas yo, barco extraviado en redes de ensenadas,
lanzado por las trombas hacia el éter sin aves,
yo, a quien los guardacostas o los navíos del Hansa,
mi casco ebrio de mar no podrían rescatar,

libre, humeante, envuelto por la bruma violeta,
yo, que horadaba el cielo cárdeno, como un muro,
que transporto —confites que gustan al poeta—
los muermos del azur, los líquenes del sol;

yo, que corría moteado de lúnulas eléctricas,
tablón loco, escoltado por negros hipocampos
cuando julio sumerge a grandes cintarazos
cielos ultramarinos en potentes embudos;

yo, que temblaba, oyendo gemir en la distancia,
al Behemot brutal y al tupido Maelstrom,
eterno tejedor de quietudes azules,
¡añoraba a mi Europa de viejos parapetos!

He visto siderales archipiélagos, islas
de cielos delirantes, listos para bogar.
—¿En esas noches hondas, millón de aves de oro,
duermes en el exilio, oh futuro Vigor?

Mas lloré en demasía. El Alba es dolorosa.
Toda luna es atroz y todo sol amargo.
El amor me colmó de embriagantes torpores.
¡Que reviente mi quilla y que me hunda en el mar!

De añorar algún agua de Europa, sería el charco
negro y frío, en que un niño entristecido suelta
en tardes perfumadas, absorto y en cuclillas,
su barco, delicada mariposa de mayo.

Ola, no puedo ya, inmerso en tu molicie,
acabar en estela de barco algodonero,
ni franquear el orgullo de llamas y banderas,
ni nadar bajo el ojo triste de los pontones.

[¿QUE REPRESENTAN, CORAZÓN MÍO DIME, ESOS RÍOS DE SANGRE]

¿Qué representan, corazón mío dime, esos ríos de sangre
y brasas, crímenes mil y gritos prolongados
de rabia; o esos sollozos que del infierno suben,
todo orden arrasando; y el Aquilón triunfante

y todas las venganzas? ¡Nada! ¿Y, si con todo,
los amamos? ¡Oh senadores, industriales, príncipes,
reventad! ¡Poder, justicia, historia, pereced!
¡Todo nos es debido! ¡Sangres y llamas de oro!

¡Todos a la venganza, a la guerra, al terror,
alma mía! Regresemos al mordisco. ¡Pasad!
¡Repúblicas del mundo! ¡Emperadores!
Regimientos, colonos, pueblos, ¡basta!

¿Quién blandirá esos fuegos en loco torbellino
si no nosotros y nuestros hermanos?
Aquí los novelescos amigos, que disfruten.
¡Nunca trabajaremos, oh fuego en oleadas!

Asia, América, Europa, ¡evaporaos!
ya lo ha ocupado todo la marcha vengadora,
¡Ciudades y campiñas! ¡Seremos aplastados!
¡Estallarán volcanes y el océano herido!

¡Oh amigos míos! ¡Sí, ellos son mis hermanos,
negros desconocidos, si el paso no perdiéramos!
¡Ay de mí! Ya me siento temblar, la vieja tierra
sobre mí, cada día más vuestra, se derrite.

¡No importa! ¡Aquí me encuentro y para siempre!

LÁGRIMA

Lejos de rebaños, pájaros, aldeanas,
bebía en cuclillas al lado del brezo,
rodeado de tiernos bosques de avellano
en la verde niebla tibia de una tarde.

¿Qué podía beber junto al joven Oise,
césped ralo, olmos mudos, encapotados cielos,
qué legado obtener de aquella calabaza?
Cierto licor dorado, sudorífero y soso.

Yo hubiera sido, así, mal nombre de posada.
La tormenta, después, fue transformando el cielo,
mostrando países negros y lagunas y percas,
estaciones, columnas bajo la noche azul.

El agua de los bosques se perdía en las arenas,
el viento, desde el cielo, congelaba los charcos…
Pescador de oro y conchas ¿de qué modo tendría,
ni un sólo instante, urgencia de beber?

Mayo, 1872.

EL RÍO DE CASSIS

El Río de Cassis fluye ignorado
por raros valles.
Le acompaña, veraz, la voz del cuervo
junto a la voz del ángel,
con el vaivén grandioso de los pinos,
si el viento empuja.

Con misterio inquietante fluye todo,
del campo en viejas épocas,
torreones con gente, altos parques:
junto a ellos se oyen
ya difuntas cuitas de caballeros
¡y qué aire sano!

Contemple el caminante las ventanas
e irá más animoso.
¡Soldados de los bosques del señor!
¡Cuervos amables!
Ahuyentad la avaricia campesina
que esgrime un muñón viejo.

Mayo, 1872.

COMEDIA DE LA SED

I

LOS PARIENTES

Somos tus antepasados
¡los Grandes!
Cubiertos de un sudor frío
de la luna y de la yerba.
¡Qué alma la de nuestros caldos!
sin imposturas y al sol
¿qué queda sino beber?

Yo.— Morir en los ríos bárbaros.

Somos tus Antepasados,
los del campo.
Agua brota entre los mimbres:
mira el curso por la fosa,
en torno a un castillo húmedo.
Bajemos a las bodegas,
después, la sidra y la leche.

Yo.— Id donde abrevan las vacas.

Somos tus Antepasados
ten, coge
licores de la alacena,
el Té y el Café, tan raros
borboteando en los pucheros.
—Mira qué estampas y flores,
volvemos del cementerio.

Yo.— Apurad todas las urnas.

II

EL ESPÍRITU

Ondinas eternas
dividid las aguas,
venus del azul hermana
remueve las puras aguas.

Judío errante de Noruega
¿cómo nieva por allí?
Viejos, tiernos exiliados,
decidme cosas del mar.

Yo.— ¡Basta de bebidas puras!
flores de agua para vasos.
Ni leyendas, ni figuras
lograron saciar mi sed.

Tu ahijada, viejo coplero,
se vuelve mi sed más loca,
hidra íntima sin fauces
que me socava y liquida.

III

LOS AMIGOS

¡Ven, el vino va a la playa!
¡Y las olas por millones!
Contempla el Salvaje Bitter,
manando de las montañas.
Coronemos, peregrino,
la Absenta de verdes basas.

Yo.— Nunca más esos paisajes.
Amigos ¿qué es la embriaguez?

Preferiré, en el futuro,
en el estanque pudrirme,
bajo la nata espantosa,
entre maderos flotantes.

IV

UN TRISTE SUEÑO

Tal vez me espera una tarde
en que beberé tranquilo
en una vieja ciudad
y moriré más feliz,
no tengo prisa ninguna.

Y si aplacara mi daño,
y alguna vez tengo oro,
al Norte me marcharé
¿o hacia el País de las Viñas?
—¡Este soñar indecente!

Porque es una pura pérdida,
y si un día vuelvo a ser
el viajero que antes fui,
que no me vuelva a asilar
la verde posada.

V

CONCLUSIÓN

Palomas que tiemblan enmedio del prado,
la caza que corre, y vela la noche,
bestias de las aguas, bestias sometidas,
mariposas últimas, todas tienen sed.

Cual nube sin guía, llegar a fundirse
y siempre en el amparo del frescor.
¿Morir en el seno de violetas últimas,
cuyas albas van tiñendo estos bosques?

Mayo, 1872.

BUEN PENSAMIENTO MATINAL

En verano, de madrugada
aún dura el sueño de amor.
Bajo los bosques evapora el alba
el olor de la noche de fiesta.

Pero abajo, en taller inmenso,
hacia el sol de las Hespérides,
carpinteros en mangas de camisa
ya se preparan.

En sus desiertos de musgo calmo,
preparan artesonados
bajo los cuales la riqueza
reirá bajo falsos cielos.

Para obreros así de gratos,
siervos de un Rey de Babilonia,
deja Venus a sus amantes,
coronadas sus almas ya.

¡Oh reina de los pastores,
lleva aguardiente a los obreros,
para que estén en paz sus bríos
hasta el baño de mar de las doce!

Mayo, 1872.

FIESTAS DE LA PACIENCIA

I

ESTANDARTES DE MAYO

En las claras ramas del tilo
muere un enfermo alhelí,
mas canciones espirituales
revuelan entre las grosellas.
Que en las venas ría la sangre,
pues que se enredan las viñas.
El cielo, bello cual ángel,
la ola y el azul coinciden.
Salgo. Si un rayo me hiriese
sucumbiré sobre el musgo.

Que uno, a la espera, se aburre
es bien simple. ¡Fuera penas!
Quiero que el trágico estío
me alce a su carro azaroso.
Que por ti, Naturaleza,
muera ni solo ni nulo.
Y los Pastores, ¡qué extraño!
casi muriendo en el mundo.

Que me usen las estaciones.
A ti, Natura, me rindo
con toda mi hambre y mi sed,
nútreme y abrévame,
ya nada más me ilusiona.
Reir de padres al sol.
De nada quiero reírme,
que sea libre esta desgracia.

Mayo, 1872.

II

CANCIÓN DE LA MÁS ALTA TORRE

Juventud ociosa
sometida a todo.
Por delicadeza
mi vida perdí.

¡Ah, que llegue el tiempo
de almas que se entregan!

Me dice: abandona,
que nadie te vea,
sin promesas ya
de altas alegrías,
que nada te impida
un retiro augusto.

Tanto ya esperé
que ahora sólo olvido;
terrores, dolores
al cielo volaron
y una sed malsana
sombrea en mis venas.

Así la Pradera
librada al olvido,
grande y florecida
de incienso y cizaña
con el bordoneo
de mil sucias moscas.

¡Ah las mil viudeces
del alma tan pobre!
No tiene otra imagen
que Nuestra Señora.
¿Acaso se reza
a la Virgen Madre?

Juventud ociosa,
sometida a todo,

por delicadeza
mi vida perdí.
¡Ah que llegue el tiempo
de almas que se entregan!

Mayo, 1872.

III

LA ETERNIDAD

Ha sido encontrada.
¿Qué? La Eternidad.
Es el mar aliado
con el sol.

Alma centinela,
confesémoslo
de tan nula noche
y del día de fuego.
De votos humanos,
de anhelos comunes,
allí te desprendes
y a veces planeas.

Sólo de vosotras
brasas de satén
se sigue el Deber
sin que digan: ¿Ves?

Ya no hay esperanza
ni guía ninguna.
Ciencia con paciencia,
tormento seguro.

Ha sido encontrada.
¿Qué? La Eternidad.
Es el mar aliado
con el sol.

Mayo, 1872.

IV

EDAD DE ORO

Una de esas voces,
angelical siempre,
—se trata de mí—
serena, se explica:

esas mil cuestiones
que se ramifican
tan sólo conducen
a loca embriaguez.

Reconoce el giro
tan alegre y frágil,
sólo es onda y flor
¡pero es tu familia!

Luego canta. Oh
tan alegre y fácil
y visible al ojo
—yo canto con ella.

Reconoce el giro,
tan fácil y alegre,
sólo es onda y flor,
¡pero es tu familia! Etc.

Y luego una voz
—¿no es acaso angélica?
Se trata de mí,
severa se explica.

Y canta al instante,
hermana de alientos
con tono alemán
pero ardiente y plena.

El mundo es vicioso,
¡acaso te extraña!,
vive y echa al fuego

el negro infortunio.

¡Hermoso castillo,
qué claro es tu sino!
¿De cuál Era viene,
hechuras de Príncipe?
¿De aquél gran hermano? Etc.

Y ahora canto yo,
¡múltiples hermanas,
voces nada públicas!
envolvedme ya
de una gloria púdica… etc.

Junio, 1872.

MATRIMONIO JOVEN

Está abierta la alcoba al cielo azul turquesa.
Ni un sitio queda ¡sólo cofres y huchas!
El muro recubierto por las aristoloquias
en las que vibran las encías de los duendes.

Todo este gesto, todo este desorden
son, sin dudarlo, intrigas de esos genios
y es el hada africana quien nos brinda
por los rincones rejillas y moras.

Entre gentes, madrinas descontentas,
como panes de luz por alacenas.
¡Y se quedan allí! Porque nunca se limpia
y, a la ligera, se va la pareja.

Al esposo es el viento quien le engaña
en ausencia, aquí mismo y todo el tiempo.
Incluso los espíritus del agua
vagan malignamente por el cuarto.

Y de noche, una amiga, una luna de miel,
robará su sonrisa y llenará
el cielo con mil bandejas de cobre
y ellos se enfrentarán con la maligna rata.

Si es que no llega un claro fuego fatuo
como un disparo de fusil, a la puesta.
—¡Oh espectros de Belén, albos y santos,
embrujad el azul de su ventana!

20 de junio de 1872.

BRUSELAS

Julio,
Bulevar del Regente.

Arriates de amarantos trepan
al placentero palacio de Júpiter.
—¡Sé que eres tú el que aquí mezcla
tu azul casi azul de Sahara!

Como rosa y abeto del sol, como liana,
aquí terminan de una vez sus juegos,
¡jaula de la viudita!…
¡Cuántos
pájaros en bandada! ¡iaio! ¡iaio!

¡Tranquilas casas, antiguas pasiones!
Kiosko de la Loca por amor
debajo de las nalgas de unas rosas,
umbrío balcón que cobija a Juliette.

Juliette, eso recuerda a la etiqueta,
encantador apeadero del tren
en la cumbre del monte, como al fondo del huerto,
donde mil diablos danzan en el aire.

Banco verde en que canta a la guitarra
la pálida irlandesa frente a los temporales,
en el salón comedor guayanés,
cuchicheo de niños y de jaulas.

Ducal ventana que lleva a pensar
en veneno del boj y en caracoles
dormidos aquí al sol. Y después…
¡Es demasiado bello! ¡Mejor será callar!

Bulevar sin comercio y sin trajín,
mudo, lleno de dramas y comedias,
infinita montaña de sucesos,
te conozco y te admiro sin palabras.

[¿ES ALMEA?… EN LAS PRIMERAS HORAS AZULES]

¿Es almea[48]?… en las primeras horas azules
morirá como las flores marchitas
delante de la espléndida plaza donde se escucha
alentar la ciudad que crece floreciente.

Es bello un exceso, bello y necesario
—para la Pescadora y el canto del corsario—,
también porque cayeron máscaras terminales
en las fiestas nocturnas sobre los mares puros.

Julio, 1872.

FIESTAS DEL HAMBRE

Anne, Anne, mi gazuza
en tu borrico se sube.

Si de algo gusto ahora
es de tierra y de piedras.
¡Din! ¡Din! ¡Din! Como aire,
rocas, carbón, hierros.

Gira y pace, mi hambre,
los prados del ruido.
Después, la alegre pócima
de las enredaderas.

Comed
los cantos del picapedrero,
las viejas piedras de la iglesia,
guijas del río, hijas del diluvio,
panes en valles grises.

Mis hambres, filos del aire oscuro,
azul, sonoro.
—Las tripas que me arrastran,
¡menuda broma!

Las hojas por los suelos.
Busco fruta pasada.
Por los surcos recojo
milamores, violetas.

Anne, Anne, mi gazuza
en tu borrico se sube.

[OYE COMO BRAMA]

¡Oye cómo brama
junto a las acacias
en abril la rama
verde del guisante!

En un vapor claro
¡hacia Febe[49]! ves
moverse cabezas
de santos de antaño.

Lejos de pajares,
de cabos, de techos,
nuestros viejos piden
el brebaje pérfido.

Pero ni ferial
ni astral es la bruma
que insidiosa exhala
efectos nocturnos.

No obstante se quedan
—Sicilia, Alemania,
en la niebla triste
y, por cierto, pálida.

MICHEL Y CHRISTINE

¡Mierda, pues, si el sol abandona estas lindes!
¡Huye, claro diluvio! Las sendas tienen sombra
por sauces y por viejos patios de armas,
reparte la tormenta sus grandes goterones.

Cien corderos, soldados del idilio,
huid los acueductos, los escuálidos brezos.
¡Llanuras y desiertos, horizontes, praderas,
asisten al aseo rojo de la tormenta!

Negro can, pastor pardo cuya capa se abisma,
huid pronto de la hora del supremo relámpago.
Rubio tropel, si nadan aquí sombra y azufre,
intentad descender a refugios mejores.

En cuanto a mí, Señor, mi alma levanta el vuelo
tras los cielos helados y rojizos, debajo
de las celestes nubes que corren y que vuelan,
sobre Solognes[50] largas como ferrocarriles.

Miles de lobos, miles de semillas silvestres
que arrastra, no sin fe, en la enrredadera.
El temporal de esta piadosa tarde
sobre la vieja Europa, que arrasarán cien hordas.

Luego, al claro de luna sobre la inmensa landa,
rojizos, con sus frentes contra el cielo, guerreros
galopan lentamente en sus corceles pálidos
y saltan los guijarros bajo la altiva tropa.

—¿Veré los gualdos bosques y las claras vaguadas,
la Esposa de ojos glaucos, el hombre de tez roja?
—Oh Galia, y el cordero pascual a sus amados pies.
—Michel, Christine. — ¡Y Cristo! —Aquí acaba el idilio.

VERGÜENZA

Mientras la hoja no haya
rebanado este cerebro,
esa masa verde y grasa
con vapores nunca nuevos.

(Pero, Él, debería cortarse
narices, labios y orejas
y su vientre, abandonando
las piernas, ¡oh maravilla!)

Es verdad, creo que, en tanto,
para su testa la hoja,
para su riñón la piedra,
para sus tripas el fuego.

No haya actuado, el niño
molesto, la bestezuela,
no debe cesar un punto
de ser astuto y traidor

cual gato de las Rocosas,
y emponzoñar cualquier ámbito.
Pero que a su muerte ¡oh Dios!
se eleve alguna oración.

MEMORIA

I

El agua clara, sal de lágrimas de la infancia,
el asalto del sol en la piel blanca de las hembras,
seda en tropel, lises puros, oriflamas,
bajo muros que un día defendió alguna virgen.

Batir de ángeles.— No… corriente de oro en marcha
mueve brazos oscuros y pesados de hierbas
y sombría, poseyendo el cielo por dosel,
reclama por cortina la sombra del alcor y del arco.

II

El húmedo cristal libra sus límpidas burbujas,
el agua amuebla de oro los lechos ya dispuestos,
las ropas de las niñas verdes y desteñidas
hacen de sauces llenos de brincadores pájaros.

Tibio, amarillo párpado, que es más puro que un luis
nenúfar en el agua — tu fe nupcial, Esposa —
desde su espejo opaco, envidia a mediodía,
al caluroso cielo, rosa Esfera querida.

III

Se destaca la Dama, muy recta por el prado
donde nievan los hilos de su labor; sombrilla
en ristre, rompe la umbela, en su opinión, altiva,
mientras leen los niños en la hierba florida

libros en rojo cuero. Pero Él, parecido
a mil ángeles blancos que divergen de ruta,
se va por la montaña, mientras ella, de hielo
y de luto, va rápida cuando él ya se marchó.

IV

¡Nostalgia, brazos puros rebosantes de hierba!
¡Oro lunar de abril en el fondo del lecho,
alegría de canteras que han sido abandonadas,
tardes de agosto donde la podredumbre aflora!

Que llore ahora ella debajo de los muros,
el aliento del álamo pertenece a la brisa,
luego el manto grisáceo y sin reflejos llega,
mientras un viejo draga, con fatiga, en su barca.

V

Ya no podré coger juguetes de aguas tristes,
¡oh barca inmóvil, brazos cortos! Ni la una
ni la otra flor; ni la rubia que allí
me importuna, ni la azul, en el agua ceniza.

¡Ah, polvo de los sauces, al que un ala sacude!
¡Ah rosas de los juncos, hace tiempo marchitas!
Mi bote siempre quieto, con el ancla arrojada
en el fondo de este ojo de puente ¿y en qué lodos?

[OH ESTACIONES, OH CASTILLOS]

Oh estaciones, oh castillos,
¿qué alma no cae en el error?

Oh estaciones, oh castillos.

Cursé mágicos estudios
del ineludible gozo:

oh, que viva siempre, en tanto,
se escuche al gallo de Galia.

Pero carezco de ganas,
Él se ocupa de mi vida.

Se apoderó de alma y cuerpo
y me evita todo esfuerzo.

¿Qué entender de mis palabras?
Huyen y vuelan con él.

Oh estaciones, oh castillos.

(Y si me arrasa la pena
su desgracia no me falta.

Deseo que su desdén laxo
me entregue a una muerte rápida.

Oh estaciones, oh castillos)[51]

[BAJO LAS HOJAS AÚLLA UN LOBO]

Bajo las hojas aúlla un lobo
escupiendo las bellas plumas
de su banquete de corral:
yo me consumo como él.

Las ensaladas, los frutos,
sólo esperan la colecta,
pero la araña del seto
se alimenta de violetas.

Que duerma y borbotee
en el ara de Salomón.
Corre el caldo sobre orín
y se une con el Cedrón.

LOS STUPRA

PRIMERO

Las bestias primitivas, aun en marcha, cubrían
con sus glandes cubiertos de sangre y excremento.
Nuestros padres mostraban orgulloso su miembro,
el pliegue de la vaina, las arrugadas bolsas.

Fuera puerca o un ángel, la hembra en la Edad Media,
necesitaba un mozo de sólido aparejo;
el mismísimo Kléber[52], si no miente el calzón,
no ha debido andar corto de recursos.

El hombre se asemeja al más fiero mamífero,
lo enorme de su miembro extraña sin razón.
Mas una estéril hora ha sonado: el caballo

y el buey ya contuvieron sus ardores; y nadie
osará ya arbolar su genital orgullo
en los bosques que puebla una infancia bufona.

SEGUNDO

Nuestras nalgas no son las suyas. Vi a menudo
gente desabrochada detrás de alguna cerca
y en niños, mientras juegan libremente en los baños,
observé, de los culos, el plano y el efecto.

Más firme, a veces pálido, aparece provisto
de evidentes anchuras, que tapiza el cañizo
de los pelos. Sólo en ellas, aparece una raya
amable, en que florece, tupida y larga seda.

Con cierto ingenio que sorprende y maravilla
y sólo vi en los ángeles de las pinturas sacras,
imita a esa mejilla en que se abre una risa.

¿En desnudez buscar relajación y goce,
dirigidas las frentes a la porción gloriosa,
y libres, los dos juntos, prorrumpir en gemidos?

TERCERO[53]

Oscuro y arrugado como clavel violeta
respira humildemente tapizado entre el musgo,
húmedo del amor, que aún su zumo escurre
de las pálidas nalgas hasta el plegado borde.

Hilillos semejantes a lágrimas de leche
lloraron bajo el viento cruel que los rechaza
a través de los cuajos de un rojizo enlodado,
para perderse luego, donde manda el declive.

Mi sueño ¡cuántas veces se abocó a su ventosa,
y mi alma, celosa del coito maternal,
hizo de él lacrimal y nido de sus quejas!

En la oliva convulsa, en la mimosa flauta,
tubo por el que baja el celeste gurilache,
femenino Canaán de los sudores fríos.



ARTHUR RIMBAUD (Charleville, 1854-Marsella, 1891), poeta francés relacionado con el simbolismo (Mallarmé) y el decadentismo (Verlaine), tuvo una vivencia del tiempo absolutamente rara entre humanos. Considerado «poeta maldito», tuvo una vida libertina, marcada por una producción poética que duró únicamente cinco años. Más allá de sus ensayos poéticos escolares, hizo un recorrido por todos los registros e ítems de la poesía sin más: iba tanteando y luego cifrando en pleno acierto, para después dejarlos a un lado, poéticas, temas, moldes y procedimientos que otros escritores, tendencias o escuelas enteras no conseguirían agotar en una existencia.

Notas

[1] Diosa fenicia asimilada a Venus. <<

[2] Siguen 36 versos, que Rimbaud suprimió y algunas ediciones restituyen. No es ese nuestro criterio. <<

[3] Otra advocación de Venus en su condición de diosa de hermosas nalgas. <<

[4] En la mitología ayudó a Teseo a salir del laberinto de Creta, lo que no obstaculizó que la abandonara luego. <<

[5] Uno de los nombres de Baco. <<

[6] Alusión al celebérrimo y mitológico rapto de Europa por Zeus, convertido en toro. <<

[7] Otro disfraz de Zeus, fue el de cisne, a fin de gozar de Leda. <<

[8] Ninfa de los bosques, cuya vida iba ligada a un árbol. <<

[9] Hijo de Zeus yAlcmena, es conocido por su fuerza y valor, así como por sus numerosas y legendarias hazañas. Su nombre romano es Hércules. <<

[10] La misma Venus, adorada en Chipre. <<

[11] La Luna, en el episodio de sus amores nocturnos con el bello pastor Endimión. <<

[12] Sultán de Egipto y Siria que, en el medievo, luchó contra los cruzados. <<

[13] Forma abstracta de interjección o airado juramento. <<

[14] Batallas y campañas victoriosas de la Francia revolucionaria. <<

[15] Periodista francés, patriotero e hinchado que, en 1870, llamaba a la lucha contra los prusianos, y a Rimbaud debía hacerle escasa gracia. <<

[16] En las colonias francesas, el servidor o cuidador de los elefantes. <<

[17] Aire de ópera, de estilo dulzón y sentimental. <<

[18] El protagonista del poema es Napoleón III y el «compadre de los lentes», Emile Olivier, su primer ministro, cuando sufren la derrota ante los prusianos. El Saint-Cloud del verso final, era una residencia imperial. <<

[19] Pitou y Dumanet, más que personajes de historieta, son arquetipos del soldado crédulo y tontorrón. <<

[20] Véase nota anterior. <<

[21] Fausto y Fra Diávolo, serían figuras antitéticas: el estudioso en soledad, de Goethe, frente a los contrabandistas, que protagonizan una pieza del hoy olvidadoAuber. <<

[22] Políticos que reprimieron, en 1870, la Comuna de París. <<

[23] Pueblos del entorno de París donde se dieron batallas tanto contra los prusianos como contra los comuneros. <<

[24] El pintor preimpresionista Camille Corot se caracteriza por la complejidad del matiz colorista. <<

[25] Juego de palabras irónico con el Gran Turco, como se le llamaba al Sultán de Estambul. <<

[26] Ministro de Exteriores que firmó el armisticio con los prusianos. <<

[27] Partido de los grandes terratenientes, en la Asamblea Nacional de 1871. <<

[28] Una clase de tabaco. <<

[29] Amuleto romano en forma de falo erecto. <<

[30] Neologismo que apunta a la condición de recluta o novato. <<

[31] Mitológicos vampiros femeninos, con forma de ave. <<

[32] Figura de mujer, que sirve de columna arquitectónica. <<

[33] Planta cuyo jugo, muy venenoso, se emplea, a veces, con fines terapéuticos. <<

[34] Glándulas de ciertas flores que dan un jugo azucarado. <<

[35] Neologismo de Rimbaud a partir de pedúnculos. <<

[36] Kenvagar es una ciudad de Irán. <<

[37] Fécula de una planta tropical. <<

[38] Monárquico del tiempo de Rimbaud. <<

[39] Cacofonía con que se burla Rimbaud de las aliteraciones parnasianas. <<

[40] Poeta al que Rimbaud despreciaba. <<

[41] El Oise, es un río de la región natal del poeta. <<

[42] Polígrafo francés, autor de la primera historia desmitificadora de Jesús. <<

[43] Personaje que aparece en un relato fantástico del alemán E. T. A. Hoffmann. <<

[44] Capital de Surinam. <<

[45] Pueblo bretón donde nació Renan. <<

[46] Autor de unos irrisorios «Cuadros de la naturaleza». <<

[47] Célebre casa editorial francesa, que aún funciona. <<

[48] Bailarina hindú. <<

[49] La luna. <<

[50] Región boscosa y pantanosa en un meandro del Loire, al sur de París. <<

[51] Las estrofas entre paréntesis no figuran en todas las ediciones de Rimbaud. <<

[52] General del ejército napoleónico. <<

[53] Los cuartetos son de Verlaine, los tercetos de Rimbaud. La fecha de las tres composiones, incierta. Se publicaron por vez primera en 1923. <<